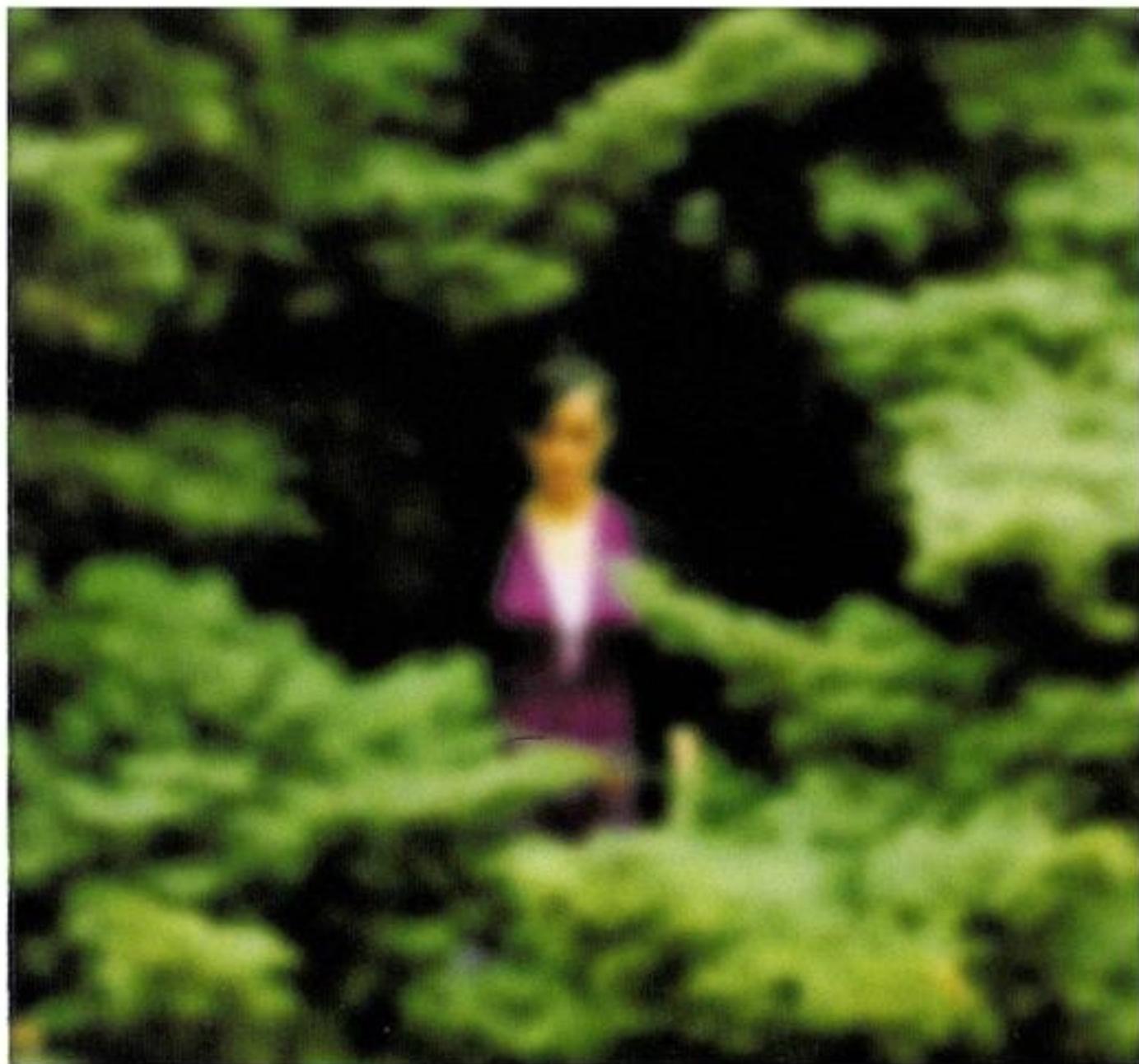


Thomas Bernhard

Sí



Lectulandia

Desde el primer momento, del mismo modo que al «corredor de fincas» Moritz, nos agrede sin miramientos un narrador vehemente, que no nos soltará hasta haber dicho todo lo que tiene por decir. Desde la primera frase, una larga parrafada erizada de conjunciones que se atropellan y de incidentes que se imbrican, la cosa está clara: o bien dejamos el libro, o bien tomamos impulso para no detenernos hasta el final. Todo, entonces, se esclarece muy rápidamente, las alusiones se precisan, los agravios se apuntalan con argumentos sobrecogedores, con ejemplos alucinantes y grotescos, retomados y desarrollados sin dejar nada en la sombra. Lo sabremos todo sobre Moritz y su familia, sobre los dos Suizos («y sobre todo la Persa»), lo que vienen a buscar en ese agujero perdido, poblado de inquietantes austríacos, donde compran a precio de oro un terreno invendible, para construir allí una mansión de pesadilla. Lo sabremos todo acerca del narrador, y, gracias a sus revelaciones, de una lucidez delirante y glacial, también sabremos mucho más acerca de nosotros mismos. Pues a medida que acumula los detalles más insignificantes sobre su mal íntimo, más su furiosa voz deviene impersonal, irrefutable, universal, y más la reconocemos: es aquella que nosotros sofocamos y que, desde nuestra noche, dice «sí» a la nada.

Lectulandia

Thomas Bernhard

Sí

ePub r1.0
Trips 24.12.14

Título original: *Ja*
Thomas Bernhard, 1978
Traducción: Miguel Sáenz

Editor digital: Trips
Corrección de erratas: Trips
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

¿Cómo expresar el verdadero carácter de la visita que el protagonista de *Sí* hace al agente de la propiedad inmobiliaria Moritz, no ya como agente de la propiedad inmobiliaria sino, por así decir, como amigo, o, cuando menos, como último vínculo existente entre ese protagonista y el resto del mundo, una visita obviamente importante y, en consecuencia, una visita cuyo desbaratamiento, provocado por la inesperada irrupción de dos extraños —dos extranjeros, *los Suizos*, o, más propiamente, *el Suizo y la Persa*—, del todo inesperada para nuestro protagonista, al menos para él, también habría que calificar de importante, más aún, de trascendental, lo mismo, en definitiva, que las conjeturas a las que lógicamente puede dar lugar un acontecimiento de tal calibre en la vida de nuestro protagonista cuando aquella noche intente conciliar el sueño, por ya ni tan siquiera mencionar su primer paseo por el bosque sombrío en compañía de *la Persa*? Dicho de otro modo: ¿qué mejor forma de dar cuenta exacta al lector —puesto que en definitiva se trata de un texto escrito— del soliloquio neurótico del protagonista, de cuantos matices peculiarizan su discurso, estructurándolo, con todo el rigor y la minuciosidad propios del pensamiento neurótico, en un texto en sí mismo neurótico? Y ello con tanto mayor motivo por cuanto que hay dos aspectos de la cuestión en los que no está de más insistir: el hecho, en primer lugar, de que nos encontremos en presencia, no de un pretendido monólogo interior, sino ante un texto escrito, redactado por nuestro protagonista para poner en claro sus ideas, para establecer los límites de su enfermedad y, más en general, de su propio horror; y, en segundo lugar, la peculiar naturaleza del texto, la característica desmesura de ese texto tanto en lo que concierne a su planteamiento como a su posterior desarrollo. Un desarrollo no menos descompensado en su secuencia temporal —lento, casi estancado al principio, y precipitado hasta el aturdimiento en las últimas páginas—, que desequilibrado desde el punto de vista argumental, en razón de la cada vez más obvia desproporción existente entre las conjeturas del protagonista y el objeto de esas conjeturas. En definitiva, un soliloquio desesperado, el de nuestro protagonista, un hombre sin otro nombre que el que otorga el uso de la primera persona del singular, que se cruza con otro soliloquio desesperado, el de *la Suiza*, es decir, *la Persa*, una mujer que carece asimismo de nombre más preciso, al igual que los restantes personajes de la novela, a excepción de Moritz. O mejor, el magnetismo que mutuamente experimentan y ejercen dos soliloquios desesperados hasta que, al identificarse como pertenecientes al mismo signo, empiezan a repelerse mutuamente para terminar neutralizándose, retraídos y hostiles, incompatibles. Un chispazo, un fulgor —a cuya luz brota el libro— que súbitamente se apaga sin dejar otra huella que la palabra escrita. Y una sombra, la de Moritz, el único personaje que parece tener entidad suficiente como para merecer un nombre, y a quien, más que aparte, habría que situar acaso por encima: el agente de la propiedad inmobiliaria que vendió a nuestro protagonista la ruina en la que

transcurren sus días, del mismo modo que vendió a *los Suizos* el húmedo terreno en el que habrían de construir su premeditado panteón, omnipotente e indiferente como un dios que contempla el juego al que se entregan sus criaturas. Las reseñas críticas, en su afán de orientar al lector con un gasto mínimo de energía analítica, refieren con frecuencia la obra de Bernhard a las de Kafka, Musil, Beckett, y más de un lector, al acabar el libro, habrá pensado en el *Sí* final del *Ulises*, que, no obstante, si algo tiene que ver con el *sí* que cierra este libro, será, en todo caso, por la similitud que cabe establecer entre los opuestos. A estas analogías no resulta difícil añadir, o mejor, anteponer, la de Nabokov, el Nabokov de *Ada*, de *Luján*. Pero eso son sólo analogías, términos de una comparación que a lo sumo permiten al lector hacerse una idea previa de Bernhard, una idea previa que forzosamente habrá que modificar al dar por terminada su lectura. La obra de Bernhard tiene autonomía más que suficiente para no precisar de referencias ajenas a su propia entidad, como obra que es de uno de los autores más destacados de ese resurgir creador, único en Europa por su magnitud, que es la actual novela alemana. Destaquemos, finalmente, la calidad de la presente traducción, a cargo de Miguel Sáenz, tanto más excelente cuanto más endiabladas son las dificultades a las que sin duda ha tenido que hacer frente.

LUIS GOYTISOLO

Sí

El Suizo y su compañera llegaron a casa del corredor de fincas Moritz precisamente cuando yo, por primera vez, no sólo trataba de describirle a Moritz y, en definitiva, explicarle científicamente los síntomas de mi enfermedad sentimental e intelectual, sino que había ido a casa de Moritz, probablemente la persona que en ese momento me estaba realmente más próxima, para volverle del revés, súbitamente y del modo más desconsiderado, la cara interna, no sólo enferma sino totalmente deformada ya por la enfermedad, de mi existencia, que hasta entonces sólo conocía él en un aspecto superficial que ya no le irritaba y, por tanto, en modo alguno le afectaba de modo inquietante y, simplemente por la inesperada brutalidad de mi experimento, por el hecho de que esa tarde, en un momento, descubrí y desvelé por completo lo que, en los diez años de mi relación y amistad con Moritz, le había ocultado, le había escondido siempre en definitiva, con sutileza matemática, y le había disimulado incesantemente y sin compasión por mí mismo a fin de no permitirle a él, Moritz, la menor idea de mi existencia, se había sentido profundamente horrorizado, pero yo no me había dejado cohibir lo más mínimo por ese horror suyo en mi mecanismo de revelación, por una vez puesto en marcha esa tarde de una forma vehemente y, lógicamente, condicionada también por el tiempo atmosférico, esa tarde, poco a poco, como si no tuviera otra elección, le había descubierto a Moritz, atacado por mí esa tarde, de forma totalmente inesperada, desde mi emboscada intelectual, *todo* lo que a *mí* se refería, *descubierto* todo lo que había que descubrir, *desvelado* todo lo que había que desvelar; durante toda la escena, como siempre, yo había estado sentado en el asiento del rincón situado frente a las dos ventanas, junto a la puerta de entrada del despacho de Moritz, el por mí llamado cuarto de los archivadores, mientras el propio Moritz, al fin y al cabo era ya finales de octubre, se sentaba frente a mí con su sobretodo de invierno de un gris ratón, quizá en ese momento ya en estado de embriaguez, no pude determinarlo exactamente en la oscuridad que había caído ya; yo no lo había perdido de vista a él durante todo el tiempo, era como si esa tarde, después de no haber estado desde hacía semanas en casa de Moritz y, de hecho, desde hacía semanas nada más que conmigo mismo, lo que quiere decir que había estado abandonado a mi propia mente y mi propio cuerpo un tiempo mucho más largo, aunque todavía no destructor de mis nervios, en la mayor concentración *con respecto a todo*, me hubiese decidido *a todo* lo que para mí había significado la salvación y, saliendo por fin de mi casa húmeda y fría y oscura, y atravesando el bosque espeso y sombrío, me hubiese precipitado sobre Moritz como sobre una víctima propiciatoria para, eso había pensado en el camino hacia la casa de Moritz, no dejarlo ya con mis revelaciones y por tanto, en realidad, inadmisibles ofensas, hasta haber alcanzado un grado soportable de alivio y, por tanto, haber descubierto y desvelado cuanto fuera posible de mi existencia, disimulada de él durante años. En el momento culminante de esos intentos míos, quizá realmente

inadmisibles por completo aunque también desesperados, de relajar mi mente y mi cuerpo, se habían oído de pronto pasos en casa de Moritz, para mí, a diferencia de para Moritz, experto también, naturalmente, en oír pasos, unos pasos totalmente desconocidos, que Moritz, evidentemente, había podido identificar *al momento*, lo que yo hubiera debido comprender en seguida por su reacción ante esos pasos repentinos en el recibimiento, lo mismo que, de hecho, la agudeza auditiva de Moritz era de lo más excepcional y, lógicamente, de lo más conveniente para sus negocios, y Moritz que, hasta oír esos pasos en el recibimiento de su casa, se había sentado frente a mí con las piernas cruzadas, totalmente tranquilo y silencioso, si es que no había estado ya todo el tiempo a la expectativa, como de pronto tuve que pensar, había saltado instantáneamente, lo que no indicaba *sólo interesados* en bienes raíces sino realmente *compradores* de bienes raíces, de su sillón acolchado hacia y en dirección a la puerta para escuchar, y había dicho, como si no se dirigiera a mí sino sólo a sí mismo, *los Suizos*, con lo que, de repente, todo se había quedado silencioso en casa de Moritz; inmediatamente después habían entrado *los Suizos* en el despacho, las primeras personas, salvo Moritz, con las que, desde hacía meses, había entablado conversación, y con ellas había entrado también, en el sentido literal de la palabra, el alivio de mi estado sentimental e intelectual, esperado y deseado con el mayor empeño, aunque también, realmente, forzado por mí esa tarde a todo trance y preparado por mí con mis revelaciones sin escrúpulos y, con esas revelaciones, con mis lógicamente inevitables humillaciones y autoacusaciones ante Moritz. Ya en ese primer encuentro entre yo y el Suizo y su compañera, había convenido yo con ella, que lógicamente no era suiza, más bien judíoarmenia, había pensado yo, en ningún caso europea, delante del Suizo, del que había sabido yo en seguida que no tenía tiempo para paseos, en dar un paseo por el bosque de alerces, y hoy no sé ya cuántos paseos di con ella, pero fui a pasear con ella diaria y también, a menudo, varias veces diariamente y, en cualquier caso, en ese tiempo paseé con ella más a menudo y más tiempo que con cualquier otra persona, y con ninguna otra he hablado nunca sobre todo lo imaginable con mayor intensidad y, por tanto, disposición para comprender y, por tanto, he podido pensar con mayor intensidad y disposición para comprender sobre todo lo imaginable, y nadie me ha dejado nunca mirar dentro *de sí* más profundamente y a nadie he dejado mirar nunca dentro *de mí* más profunda y desconsideradamente y cada vez más desconsiderada y profundamente. Mientras el Suizo estaba casi ininterrumpidamente de viaje en las pequeñas ciudades de los alrededores, buscando para su casa de hormigón de detrás del cementerio, diseñada por él mismo y, como supe ya por él en ese primer encuentro con él, en proceso de construcción ya, herrajes para puertas y ventanas, cerrojos y verjas, tornillos y clavos y material aislante y pintura de buque y, como consecuencia, casi no se le podía encontrar en la fonda (el alojamiento de los Suizos durante la construcción), yo, súbita y probablemente, sin duda, en el momento salvador, arrancado por ambos de mi abatimiento deprimente y, en verdad, amenazador ya para mi existencia, había

encontrado en la compañera del Suizo, una persa natural de Shiraz como pronto se había revelado, a una persona plenamente regeneradora para mí y, por tanto, a un compañero de paseos y pensamientos y conversaciones y filosofías plenamente regenerador, como no había tenido desde hacía años y como, menos que en nadie, hubiera sospechado en una mujer. Si ella, la Persa, en presencia del Suizo, con el que, por lo visto, había vivido ya varios decenios, casi continuamente y como si esa costumbre fuera ya una costumbre de años, si no de decenios, era silenciosa, ni siquiera parca en palabras como ocurre muy a menudo en una relación así sino casi ininterrumpidamente muda, con independencia de que ella, a la que sólo recuerdo siempre con un abrigo de piel usado durante decenios, con un cuello alto que ella siempre se subía, desde el momento de mi encuentro con ella tuve la sensación de que ella, como tantas mujeres en su situación y de su edad que viven en el temor ininterrumpido de enfriarse o se enfrían en realidad ininterrumpidamente, de que a aquella mujer no le sería posible existir ya sin aquel abrigo, sin aquel abrigo de piel que, por un lado, tenía que tajarla y, por tanto, protegerla hasta más abajo de los tobillos y, por otro, hasta la punta de los cabellos, con independencia de que ella, cuando se expresaba en presencia del Suizo, sólo expresaba antagonismo hacia su compañero, en ausencia del Suizo revelaba, con enorme sorpresa por mi parte, una necesidad de hablar probablemente explicable precisamente por su obstinada taciturnidad con su compañero, lo mismo que, en general, por todo su antagonismo, probablemente antiguo, hacia él, no una expansividad sino una necesidad de hablar como puede observarse siempre en todas las mujeres que, durante decenios, viven con compañeros como el Suizo, cuando sus compañeros están ausentes, y hablaba. El alemán era para ella un idioma extranjero, pero lo dominaba, lo mismo que el inglés y el francés y el griego, de la forma más agradable y nunca realmente irritante, y precisamente la circunstancia de que el alemán hablado por ella era hablado por una extranjera, es más, por una extranjera en fin de cuentas natural de todo el mundo y de ninguna parte del mundo, que había nacido en Persia y se había criado en Moscú y había ido a universidades en Francia y que, en definitiva, con su en otro tiempo amante y compañero actual que, según ella, era *un ingeniero altamente calificado y un constructor de centrales eléctricas de fama mundial*, había viajado por todo el mundo, no sólo había sido para mí un descanso de mi oído y de todo mi estado intelectual, precisamente sensible a esas melodías verbales exóticas, sino que, por su modo de hablar y pensar que, de forma consecuente, desarrollaba el hablar del pensar y el pensar del hablar como si todo fuera un proceso matemático, un proceso filosófico-matemático y, por ello, consecuentemente, filosófico-matemático-musical, ella corregía y regulaba y punteaba y contrapunteaba mi propio pensar y hablar. Desde hacía meses no estaba ya acostumbrado a hablar con una persona de forma que correspondiera a mis dotes intelectuales, a la larga, el tratar sólo con las gentes del país y, en definitiva, también el contacto exclusivo con Moritz, el cual, sin duda alguna, aunque no cultivado, mostraba en todos los aspectos una inteligencia superior

a la media teniendo en cuenta sus circunstancias, sólo podía deprimirme, desde hacía ya mucho tiempo no podía confiar en encontrar una persona con la que pudiera sostener una conversación sin reservas y aumentar, con una persona así, mi capacidad de conversación, lo que quiere decir mi capacidad para pensar, durante los años en que existía retirado ya en mi casa, exclusivamente concentrado en mi trabajo, la realización de mis estudios científicos (sobre los anticuerpos), me había quedado también casi por completo sin contacto con quienes anteriormente me había permitido confrontaciones, es decir, confrontaciones intelectuales en diálogos y discusiones, de todas esas personas, con mi inmersión cada vez más rigurosa en mi trabajo científico, me había apartado y mantenido alejado cada vez más y, como tuve que comprender de pronto, de la forma más peligrosa y, a partir de un momento determinado, no había tenido ya fuerzas para reanudar todos esos lazos intelectuales necesarios, ciertamente había comprendido de pronto que, sin esos contactos, difícilmente podría avanzar, que sin esos contactos, probablemente, en un plazo previsible, no podría ya pensar, que pronto tampoco podría ya existir, pero me faltaban fuerzas para detener, mediante mi propia *iniciativa* intelectual, lo que veía ya que se me acercaba, la atrofia de mi pensamiento producida por el apartamiento, voluntariamente provocado, de todas las personas susceptibles de un contacto que excediera del más imprescindible, del llamado vernáculo, simplemente del derivado de las necesidades más apremiantes de la existencia en mi casa y su entorno inmediato, y habían pasado años ya desde que había dejado de mantener correspondencia, totalmente absorbido en mis ciencias, había dejado pasar el momento en que todavía hubiera sido posible reanudar esos contactos y correspondencia abandonados, todos mis esfuerzos en ese sentido habían fracasado siempre, porque en el fondo me habían faltado ya por completo, si no las fuerzas para ello, sí, probablemente, la voluntad de hacerlo, y aunque en realidad había comprendido claramente que el camino que había tomado y había seguido ya durante años no era el verdadero camino, que sólo podía ser un camino hacia el aislamiento total, aislamiento no sólo de mi mente y de mi pensamiento, sino en realidad aislamiento de todo mi ser, de toda mi existencia, siempre espantada ya, de todos modos, por ese aislamiento, no había hecho ya nada para remediarlo, había seguido avanzando siempre por ese camino, aunque siempre horrorizado por su lógica, temiendo continuamente a ese camino en el que, sin embargo, no hubiera podido ya dar la vuelta; había previsto ya muy pronto la catástrofe, pero no había podido evitarla y, en realidad, se había producido ya mucho antes de que yo la reconociera como tal. Por un lado, la necesidad de aislarse por amor al trabajo científico es la primera de las necesidades de un intelectual, por otro, sin embargo, el peligro de que ese aislamiento se produzca de una forma demasiado radical que, en fin de cuentas, no tenga ya consecuencias estimulantes como se pretendía, sino inhibitoras e incluso aniquiladoras en el trabajo intelectual, es el mayor de los peligros y, a partir de cierto momento, mi aislarme del entorno por amor a mi trabajo científico (sobre los

anticuerpos) había tenido precisamente esas consecuencias aniquiladoras en mi trabajo científico. La comprensión llega siempre, como había tenido que reconocer en mi mente de la forma más dolorosa, demasiado tarde y sólo queda, si es que queda algo, la desesperación, o sea, la comprensión directa del hecho de que ese estado devastador y, por tanto, intelectual, sentimental y, en fin de cuentas, corporalmente devastador, surgido de pronto, no puede cambiarse ya, ni por ningún medio. La verdad es que, antes de que los Suizos aparecieran, tuve que existir durante meses en mi casa en un estado *apático*, en el que, la mayor parte del tiempo, nada más que la introspección era posible y no podía pensar en ningún trabajo, ni mucho menos en un trabajo científico, meses desde luego en los que sólo estaba despierto para la más terrible introspección, hasta agotarme por completo en esa introspección terrible. Tenía la continua necesidad de estar con otras personas, pero no ya las fuerzas para ello y, por tanto, no tenía ya ninguna posibilidad de establecer el contacto más mínimo y sólo con los mayores esfuerzos de la inteligencia y del cuerpo me había sido posible, al menos en ciertos períodos simplemente necesarios para la existencia, visitar a Moritz, pasar en casa de Moritz unas horas, lo que, sin embargo, sólo había sido posible con las mayores dificultades y siempre un acto de la autorrenuncia más extrema. Los intelectuales caen muy aprisa en la falta de contactos cuando creen que tienen que concentrarse en un trabajo científico o, en general, en un trabajo intelectual, en lo que a mí se refiere había creído que tenía que renunciar a todos los contactos por mi trabajo intelectual y había renunciado a todos poco a poco y, con mi decisión de renunciar a todos esos contactos, había ofendido a muchos y en definitiva a todos aquellos con los que alguna vez había tenido contacto, lo que, sin embargo, teniendo en cuenta siempre mi trabajo intelectual, me había sido siempre indiferente, mi proceder en relación con mi trabajo intelectual había sido siempre el más desconsiderado de los procederes, ya muy pronto no había tolerado la menor perturbación de mi trabajo intelectual, todo lo que se había opuesto a mi trabajo intelectual y, por tanto, a mi avance en mis estudios científicos lo había apartado siempre de mi camino y, por cierto, durante toda mi vida, por ello, lógicamente, había llegado pronto de manera inevitable, totalmente por mí mismo, al aislamiento y, al final, me había quedado solo por completo con mi trabajo intelectual y, por tanto, con mis estudios científicos. Y había creído realmente poder quedarme solo con mi trabajo científico, poder aguantar *sólo* con mis estudios científicos durante toda la vida y llegar solo, solamente con esos estudios científicos, a mi objetivo, lo que, sin embargo, poco a poco y de pronto con la mayor certeza, hubo de revelarse como totalmente inviable y totalmente imposible. Sí, realmente había creído poder existir sólo con mi trabajo y, por tanto, solo con mi trabajo científico, sin nadie, mucho, muchísimo tiempo lo había creído, durante años, quizá durante decenios, hasta el momento en que había comprendido que nadie puede vivir sin nadie y solamente con su trabajo solo. Sin embargo, por lo que a mí se refiere, había llevado mi existencia demasiado lejos hacia el aislamiento, tenía que reconocer que, desde donde me

encontraba, no podía ya volver. Por eso sencillamente, a partir de un momento determinado, me había resignado a no poder volver atrás. En ese estado había existido durante años en mi casa, y tampoco había hecho ya ninguna clase de progresos, porque había renunciado a todo. Durante años, todos mis esfuerzos por volver a salir de ese estado habían fracasado. Me despertaba y despertaba en medio de un completo hastío vital. Si había iniciado algo por la mañana, había sido sólo el mecanismo siempre igual de la incapacidad vital y del vital hastío, y no había podido pensar ya en ningún trabajo, ni el más pequeño, lo que sólo empeoraba, de día en día, mi *deprimición*. En lugar de poder trabajar, me sentaba durante días, durante semanas, durante meses ante mis escritos, sin poder hacer lo más mínimo con ellos. Me despertaba y me daban miedo esos escritos, y daba vueltas por la casa, primero daba vueltas por arriba, luego daba vueltas por abajo, y me entregaba a actividades cada vez más totalmente inútiles, que nada más me apartaban de mi verdadero trabajo, si abusaba de esas actividades y ocupaciones en sí y de por sí por completo absurdas, no era nada más que para apartarme de mi trabajo intelectual, de mis estudios científicos y de los escritos correspondientes, de los que, con el tiempo, tuve auténtico miedo y que, poco a poco, había llevado a una buhardilla y encerrado allí, para no tener ya contacto con ellos. Sólo la vista de esos escritos me daba náuseas. Sólo pensar en ellos. Hacía ya años, tuve que pensar, había llegado a un punto muerto en mis estudios científicos, el momento exacto no puede ya determinarse, no me había dado cuenta de ese momento, si me hubiera dado cuenta quizá me hubiera sido posible explicármelo y analizar todo mi estado, pero, por mucho que me esforzara, ese momento y todo lo ocurrido en ese momento han seguido siendo inexplicables para mí hasta hoy. Es posible salvarse explicándose un momento decisivo y haciendo un análisis de todo lo que guarda relación con ese momento decisivo. Pero yo no tenía esa posibilidad, porque no había sabido explicarme el momento. La falta de contactos, eso lo sabía, había sido en definitiva mi catástrofe, lo mismo que antes había sido necesidad y suerte; el aislamiento que me había impuesto en atención a mi trabajo científico y que en los primeros años de mi dedicación a las ciencias me había reportado resultados valiosos, permitiéndome, en definitiva, los mayores progresos era ahora para mí, desde hacía años, la mayor desgracia. Pero el hecho de saber sin poder actuar sólo había hecho mi situación más sin salida. Cuántos intentos de contacto habían fracasado ya en sus comienzos. Todas esas ideas de contactos se habían ahogado en mí ya al nacer. Había escrito realmente cientos de cartas a todas las personas imaginables, pero no había enviado todas esas cartas; todas esas cartas dirigidas pero no enviadas estaban amontonadas en el cuarto en que había encerrado los escritos relativos a mis estudios científicos. Todas esas cartas iban destinadas a amigos, conocidos, científicos, con el ruego de establecer un contacto. Las había escrito y, ya mientras las escribía, había comprendido la imposibilidad de entregar, enviar y hacer llegar esas cartas. Así, durante años, había escrito pero no enviado cartas y las había depositado en el cuarto de mis estudios científicos. Cuando el estar

solo no tiene ya sentido y, de pronto, se vuelve improductivo, debe cesar, he pensado una y otra vez, pero no he podido poner fin a mi estar solo ni dejar de estar solo. Constantemente tenía deseos de establecer contacto, pero no tenía ya las fuerzas para ello, si ni siquiera tenía ya fuerzas para establecer contacto con mi trabajo científico, cómo hubiera podido creer que podría establecer contacto con seres humanos. Esa falta de contacto se había convertido poco a poco en una enfermedad intelectual, que había intentado explicarle a Moritz la tarde en que, en su casa, conocí a los Suizos.

Durante años había podido ocultarle a Moritz esa enfermedad, pero de repente había tenido que informarle de ella, y precisamente la tarde en que había conocido a los Suizos había sido probablemente el punto culminante de mi enfermedad de falta de contacto, y al mismo tiempo la salvación. Probablemente no habría resistido ya mucho más en ese estado, que casi lo paralizaba ya todo en mí, ni un día más y, todo lo indica, me habría suicidado, habría puesto fin a esta existencia, porque sólo el desvelarle a Moritz mi enfermedad y abrumarlo con palabras, lo que en fin de cuentas hubiera sido absurdo, habría tenido que llevarme simplemente a acabar con mi existencia. En efecto, cuanto más había abrumado con palabras a Moritz, atacado por mí con esas autoacusaciones y revelaciones, tanto más sin sentido me habían parecido esas autoacusaciones y revelaciones mías a Moritz, cómo se me había ocurrido molestar a aquel hombre con mis confidencias, que no hubiera podido comprender ya, simplemente, porque no comprendía nada de mí, había pensado yo mientras que, de forma continua y, en realidad, sin pausas, abrumaba con palabras a aquel hombre, del que había creído todo el tiempo que comprendía lo que yo decía, aunque no comprendía lo más mínimo, yo hubiera tenido que saber que ir así a casa de Moritz, como esa tarde había ido de pronto a casa de Moritz, era por completo idiota, que era absurdo esperar que, sólo por el hecho de descubrirme y, en realidad, abrirme a Moritz sin límites quedaría aliviado, salvado. Como si durante años se hubieran acumulado en mí provisiones y deyecciones intelectuales, esa tarde, después de estar acurrucado durante horas en el suelo de mi casa, me había dirigido repentinamente a través del bosque a casa de Moritz para descargarme. Todavía veo la cara espantada de su mujer y de su madre, también de su hijo, cuando entré en el recibimiento de la casa de Moritz, todo en mí debía de ser *espantoso*, inmediatamente la Moritz me había hecho pasar al despacho, en donde Moritz estaba sentado ante unos expedientes, con sus zapatillas de fieltro, una botella de vino al lado. Yo no había podido ocultar a su familia ni a mí mismo mi estado de excitación. Me había sentado inmediatamente en el asiento del rincón en el que siempre me había sentado en casa de Moritz y me había puesto en escena, en realidad había empujado a Moritz por sorpresa a mi espantosa situación, verdaderamente no me había preguntado si a él le vendría bien escucharme. En aquel momento, sólo tenía a aquella única persona a la que acudir y siempre, cuando en ese tiempo me había encontrado en una situación de necesidad, había utilizado a esa única persona, y por tanto lo hice también aquella tarde. No hubiera podido permanecer más tiempo solo, no hubiera debido permanecer

más tiempo solo si no quería zozobrar, destruirme. Realmente la casa de Moritz había sido para mí tantas veces la única salvación, que no puedo contarlas, y también lo fue esa tarde. Hoy puedo describir ese estado con cierto distanciamiento; hace todavía unas semanas, hace todavía unos días no me hubiera sido posible todavía. Lo mismo que tampoco hasta hoy he estado en condiciones de describir ese encuentro con los Suizos y, especialmente con la Persa; pero comprendo que esa descripción se ha hecho necesaria: quiero hacer realmente un análisis de ese tiempo en que estuve a punto de zozobrar. Con mucha frecuencia me había dicho que no debía tolerarme ni permitirme correr a casa de Moritz para desahogarme a cada abatimiento o desesperación, pero nunca he cumplido ese propósito. La hospitalidad de la casa de Moritz era máxima, la forma de ser de la Señora Moritz, de la madre de Moritz, el modo de vivir de toda la familia Moritz habían sido para mí un punto de fuga. Siempre, hasta en la situación más sin salida, había encontrado refugio en casa de Moritz. Pero no debo aprovecharme de la benevolencia ni de las posibilidades de esa benevolencia más allá de ciertos límites, me he dicho siempre, y a veces me dominaba y no iba a casa de Moritz. En la tarde de que se trata; sin embargo, había sido inevitable ir a casa de Moritz, después de que, como he dicho, no la había pisado desde hacía semanas, los Moritz se habían sentido lógicamente tanto más *espantados* por mi estado al entrar yo en la casa porque, lógicamente, habían visto en qué estado me encontraba. Yo mismo tenía la sensación de estar perdido, y hoy no sé ya cómo llegué a casa de Moritz a través del bosque. Muy a menudo he traspasado en mi vida las fronteras de la locura y también de la demencia, pero esa tarde creí que no regresaría. Hablaba y hablaba y, al abrumarlo ininterrumpidamente con palabras, maltrataba a Moritz de la forma más abyecta. Sin embargo, Moritz había soportado todo aquello, lo mismo que, muy a menudo, había soportado groseros maltratos verbales por mi parte, porque desde un principio no había dejado de sentir simpatía hacia mí. Al dejarme hablar, creía que yo me tranquilizaría, conocía ese proceso. Pero en la tarde de que se trata todo ello fue, sin duda, peor que nunca. Todo fue distinto de otras veces y no me tranquilicé ni siquiera después de horas. En lugar de la tranquilidad que otras veces me llegaba, sólo podía llegarme esa tarde la total locura, pensé. En ese momento se oyeron en el recibimiento de Moritz los pasos y entraron los Suizos y penetraron ya en el despacho. Si los Suizos no hubieran entrado en ese momento en casa de Moritz y en el despacho, probablemente me habría vuelto loco esa tarde. Así, sin embargo, de pronto me vi metido en la conversación, inmediatamente iniciada, entre el Suizo y Moritz, en la que se trataba exclusivamente de la compra de un terreno por el Suizo y de la casa de hormigón que se estaba ya construyendo en ese terreno, de la que dijeron los Suizos que era la última de una larga serie de casas de su vida. El Suizo le había hablado a Moritz una y otra vez de la favorable oportunidad para entrar de contrabando en Austria desde Suiza pintura de buque, y de las consideraciones que había tenido en cuenta en relación con el aislamiento térmico de su futura casa y de cuántos cerrojos haría atornillar en las

puertas y en las ventanas y de por qué había encargado para las ventanas que daban al bosque carpintería de acero y hasta había instalado por sí mismo un dispositivo automático en la puerta del garaje. Ella, su compañera, y él, dijo, habían recorrido Austria inútilmente durante dos años, buscando un terreno para su casa; sólo cuando, después, habían renunciado ya a la búsqueda, habían tropezado con Moritz por un anuncio en el *Neue Zürcher Zeitung*, y ahora tenían lo ideal. Para mí era un misterio por qué Moritz, que, por lo demás, siempre me había *iniciado*, por decirlo así, en sus negocios, nunca me había hecho la menor observación sobre los Suizos, precisamente esos extranjeros aparecidos aquí, pensé, hubiera podido él pensar, habrían sido para mí interesantes, porque indudablemente Moritz había cerrado aquel negocio inmobiliario con los Suizos muchos meses antes de mi encuentro con los Suizos, y todavía más incomprensible me resulta el que nunca me hubiera dicho nada sobre los Suizos cuando pienso de qué negocio tan insólito se trataba, ya que Moritz hablaba siempre conmigo, sobre todo, de los negocios insólitos, me *iniciaba* siempre enseguida en cualquier negocio insólito y era claro que la compra del terreno por los Suizos era un negocio especialmente insólito, ya que el Suizo y su compañera habían comprado uno de los terrenos de detrás del cementerio, que desde hacía más de diez años no encontraban comprador porque tenían la situación menos conveniente que cabe imaginar y, teniendo en cuenta esa situación poco conveniente, Moritz se lo había vendido a los Suizos por un precio extraordinariamente alto; ahora, después de haberme enterado de qué terreno era el terreno de los Suizos, tenía que pensar en los muchos, en los cientos de intentos de Moritz para colocar ese terreno, en cuántas personas interesadas había llevado sin resultado, en todas las épocas del año y a todas las horas del día, a través del cementerio y a través del bosque hasta el terreno. Ahora recordaba otra vez lo que siempre decía Moritz de que todo terreno, aun el más imposible, puede venderse, de que cada objeto y cada cosa del mundo tienen un comprador, y sólo era siempre cuestión de tiempo hasta que ese comprador aparecía. Y los Suizos, probablemente a principios de verano, habían aparecido y habían comprado el terreno, y decían por añadidura que, para ellos, era el ideal, que habían buscado durante años. Lo que los Suizos pretendían hacer con el terreno, al menos cuando los conocí, era claro, se establecían donde ningún otro quería o quiere establecerse; el Suizo, de broma o no, había utilizado varias veces la expresión *ocaso de la vida*, todavía resuena en mis oídos, la oigo claramente. Él y su compañera estaban hartos de cambiar de vivienda y de casa cada tantos meses, para él, el constructor de centrales eléctricas, había llegado el momento de asentarse en un lugar definitivo, que ese lugar estaba aquí y no en otra parte parecía bien fundado. Al parecer, los dos habían pensado en todo lo que se refería a ese lugar. La vida de los dos, según el Suizo, había, desembocado de forma lógica en ese lugar. Todavía tenía que ejecutar un encargo, una central eléctrica en Venezuela, al terminar ese encargo, dijo, habría terminado su vida profesional. Dos o tres grandes viajes a Sudamérica, dijo, y luego la tranquilidad. Pensaba en un huerto ni demasiado grande ni demasiado

pequeño alrededor de su casa, dijo, en un perro para guardar la casa y en un gato como compañero de juegos de su compañera. El médico le había prohibido a él, que sufría del estómago, comer carne; comería verduras de su propio huerto, dijo, eso era sano. Elogió el aire de su terreno que (eso no lo sabía) había comprado a Moritz a un precio en realidad indecorosamente elevado, y aseguró a Moritz, que era el corredor de fincas nato y, por tanto, negociante nato en terrenos, que le estaría eternamente agradecido. Hablaba mientras los otros callaban y, en el cuarto de archivadores de la casa de Moritz, trazaba su imagen del mundo, su honesta imagen suiza. Su compañera lo observaba mientras tanto atentamente, con aburrimiento y odio en los ojos, igual que, por lo menos eso daba yo por seguro, llevaba observándolo ya decenios. En Moritz tenía el Suizo un oyente ideal, que aceptaba todo lo que el Suizo le decía y lo animaba siempre a tomar nuevo impulso en su relato. Los Suizos, supe, habían estado invitados ya varias veces en casa de Moritz y se habían acostumbrado a aparecer dos o tres veces por semana en casa de Moritz, lo que hacía más fácil su estancia en una comarca para ellos nueva; cada vez habían sido invitados a cenar en casa de Moritz, también esa noche, y la conversación comenzada al final de la tarde en el despacho de Moritz había continuado a partir de las siete y, por consiguiente, ya en oscuridad total, abajo, en el llamado comedor de Moritz, y también allí había llevado el Suizo la voz cantante, yo me había mantenido retraído y había adoptado una posición absoluta de observador, sólo de vez en cuando me había hecho Moritz alguna pregunta o me había invitado a responder a alguna pregunta que le había dirigido el Suizo, cuando podía suponer que yo estaba en condiciones de hacerlo, en el fondo se trataba sin excepción de preguntas relacionadas con la construcción de la casa del Suizo, sobre cómo y dónde obtener los mejores materiales o cómo encontrar este o aquel trabajador especializado, que yo podía responder fácilmente porque, por mi propia experiencia como constructor, conocía a fondo todo lo que a la construcción se refería y tenía trato y estaba familiarizado también, mucho y, en gran parte, personalmente, con la mayoría de los trabajadores de la construcción. Sé lo difícil que es llegar a una comarca extraña y pretender construir una casa, quien en tal caso no quiera que su plan fracase ya desde el principio tiene que vencer realmente dificultades sobrehumanas y para una persona así todo se convierte de pronto realmente en un obstáculo y preferiría renunciar mil veces cada día. Aun prescindiendo de que el paisaje y las gentes y, por tanto, la Naturaleza entera le son a uno extraños, para alguien que sea nuevo aquí son absolutamente rechazadoras, en el fondo incluso hostiles, y ese rechazo y esa hostilidad amenazan con ahogar a todo el que quiera asentarse aquí. El Suizo estaba bastante poco afectado por ello y su compañera que, a diferencia de él, ser brutal, era un ser sensible, no tenía, por lo menos en lo que a la construcción de la casa se refería, como observé en seguida, nada que decir. Se había comportado de una forma totalmente indiferente cuando el Suizo había extendido el plano de la casa sobre la mesa en que acabábamos de cenar, para hablar con Moritz de ese plano con todo detalle. Mi impresión era que la casa

dibujada en el plano del Suizo parecía una central eléctrica y realmente la construcción, cuando la vi al natural, me pareció una central eléctrica, era lo opuesto a toda idea de una vivienda y, como no podía dejar de ocurrir, producía un efecto de rechazo en las personas, era, por tanto, cualquier cosa menos una morada para retirarse, más bien había parecido, vista así desde fuera, el blindaje de hormigón de una máquina que trabajara dentro de él y no necesitara luz ni aire. Por lo visto, el Suizo había diseñado su vivienda, que constantemente calificaba de su *última vivienda*, lo mismo que las centrales eléctricas que había construido en todas las partes del mundo. Contemplando el plano con más detenimiento, se encontraba uno con un sinnúmero de habitaciones, en las que nunca y por nada hubiera querido uno vivir, pero el Suizo estaba convencido de haber diseñado la vivienda ideal, cuyo costo, además, superaba todas las ideas sobre los costos habituales de una vivienda en la comarca y había inducido a Moritz a preguntarle al Suizo cuánto le costaría exactamente esa vivienda, pero el Suizo no había dado ninguna cifra como respuesta. Todo en esa casa y dentro de ella debía ser sólido, por tanto los materiales los mejores, los trabajadores los más escogidos. Era evidente que una casa así tenía que resultar cara. Por contraste, el Suizo era de una mezquindad francamente repelente y la avaricia había sido, sin duda, su primera cualidad. Una persona así está además llena de desconfianza, y precisamente eso había sido el mayor obstáculo para él en el proceso de construcción de la casa, porque, eso lo había dicho mientras intentaba aclarar el plano extendido sobre la mesa, no sin esperar ininterrumpidamente aprobación y elogio, lo que, por otra parte, era la prueba de su propia inseguridad con respecto a ese edificio, desconfiaba de todas las personas que había contratado para la construcción, de todos los obreros, peones y, en general, de todos los ayudantes y ayudantes de ayudantes que tenían que ver algo con la construcción, y no pudo contenerse y tuvo que decir que le parecía que toda esta comarca, a la que había llegado con la mayor confianza en todos, no le merecía ahora más que la mayor desconfianza y suspicacia, en lo que no andaba descaminado. Moritz admiraba lo que podía verse en el plano y el Suizo, detalladamente pero en su mayor parte de forma incomprensible, le había aclarado, aunque era lo más insólito que ningún propietario le había explicado jamás, por añadidura un hombre tan famoso en los círculos especializados como el Suizo, que ya por la tarde, poco después de haber aparecido con su compañera en el cuarto de los archivadores de Moritz y, como pude deducir del contexto, había mostrado a todos repetidas veces las fotografías en que aparecía estrechando la mano de los propietarios de las centrales eléctricas por él construidas en todas las partes del mundo y que hoy funcionan y producen allí energía, de la reina de Inglaterra y del presidente de los Estados Unidos y del sha de Persia y del rey de España. El Suizo le había hecho a Moritz la más viva impresión, sobre todo por las expresiones técnicas que utilizaba, tomadas del lenguaje de la ingeniería de construcción, y por sus aclaraciones de conceptos, y había prometido además a Moritz llevarle en fecha próxima compradores para sus terrenos, en su mayoría suizos

como él, serios y solventes. Después de que el Suizo, finalmente, hubo terminado sus explicaciones en relación con la construcción de su casa y hecho algunos cumplidos en relación con los muebles del cuarto de los archivadores de Moritz, no sin que, al mismo tiempo, vaciase su vaso de cerveza, que había permanecido lleno mientras él explicaba su plano, él y su compañera se despidieron de los Moritz y de mí y bajaron al recibimiento, a donde los acompañó Moritz, asegurándoles, con tal motivo, todos los esfuerzos posibles y también su apoyo en relación con la construcción de la casa del Suizo. El Suizo podía confiar en él, Moritz, en todos los aspectos, dijo Moritz abajo, yo lo oí en el primer piso y hasta en el cuarto de los archivadores. Apenas se habían ido los Suizos y mientras Moritz venía hacia mí desde el recibimiento, pensé que la compañera del Suizo, sin más, había aceptado mi propuesta de ir juntos al bosque de alerces. Yo había convenido, con un mínimo de palabras, que iríamos al día siguiente, hacia las cinco, al bosque de alerces, la recogeré en la fonda, había dicho yo, el Suizo está de viaje a esa hora, ella debía ponerse unos zapatos fuertes para pasear por el bosque de alerces, equiparse en general con prendas de más abrigo que por lo común, porque en el bosque de alerces, cuando, como ahora, ha llovido largo tiempo, hace frío y se mancha uno. Yo tenía la impresión de haberle hecho una proposición bien recibida. Poco después de haberse ido los Suizos, me había despedido también de Moritz y me había dirigido a casa a través del bosque. Por primera vez después de tantas semanas de insomnio podré dormir otra vez, había pensado ya en el camino hacia casa, y ese pensamiento no me había abandonado ya y esa noche había dormido realmente. Qué bien, pensaba una y otra vez y cada vez más intensamente, haber ido a casa de Moritz, hasta que me calmé con ese único y repetido pensamiento y finalmente, creo que en realidad por primera vez desde hacía semanas, me había dormido verdaderamente y, en cualquier caso, de la provechosa forma normal y, por tanto, no me había visto condenado a un único pensamiento, ni siquiera a ése de poder dormir de nuevo después de semanas. Eso no significa, lógicamente, que no me despertara varias veces esa noche, para pensar en lo que había ocurrido la tarde pasada y la velada que siguió, mi salida de casa hacia la de Moritz y mis reproches y revelaciones, sencillamente impuestas por mí, que no habían sido otra cosa que groseras ofensas hacia su persona, y luego, en el momento culminante de todo ese desatino y desvarío, la súbita entrada de los Suizos en casa de Moritz, que con seguridad había sido esperada desde hacía muchísimo tiempo por Moritz, que *me escuchaba sin pausa, realmente me escuchaba sin pausa, mudo y totalmente inmóvil*, aunque hacia mí no hubiese dado el menor signo al respecto, él había sabido que los Suizos aparecerían en cualquier momento y pondrían fin a mi escena, probablemente tensa y supertensa para él hasta el límite de su capacidad de aguante, probablemente, mientras yo lo abrumaba con palabras y lo atacaba con todo mi desvarío terrible pero, sin embargo, para él totalmente indiferente, él había esperado ya todo el tiempo la llegada de los Suizos, después me había parecido también como si Moritz aguardase algo, alguna cosa, aunque yo no sabía, no podía

saber, lo que él esperaba, después había sabido que esperaba a los Suizos y, en realidad, los Suizos habían llegado a casa de Moritz precisamente en el momento exacto; en ese momento no había traspasado yo todavía los límites de la capacidad receptiva de Moritz en lo que a mis invectivas se refiere y probablemente, en esa tarde peligrosa, peligrosa para todos, Moritz sólo me había tolerado tanto tiempo en mi excitación porque sabía que los Suizos vendrían y pondrían fin a todo aquello; por eso, cuando yo todavía no había oído lo más mínimo, él había oído ya a los Suizos en la puerta de abajo y se había puesto en pie de un salto cuando yo todavía no había oído nada, se había dirigido a la puerta y había escuchado en la puerta y en ese momento los Suizos no estaban todavía probablemente en el recibimiento, había dicho ya *los Suizos* cuando los Suizos no estaban todavía dentro de la casa y todavía puedo ver su alivio cuando había estado seguro de que los Suizos habían llegado, para salvarlo a él, sin duda, de una situación *horrorosa*, provocada por mi impertinencia y monstruosidad y desconsideración y bajeza, porque indudablemente esa tarde yo había exigido demasiado de Moritz; sentado frente a él había visto lo que había hecho *en él*, lo que había ofendido *en él*, y que ello había ocurrido de la forma más impropia. Sin embargo, con la llegada de los Suizos todo había terminado y Moritz había podido alejarse de mí y bajar al recibimiento, porque había tenido que saludar a los Suizos y estoy seguro de que había pensado lo siguiente: que los Suizos significaban en verdad la salvación no sólo para él sino, muy realmente, para mí, que la llegada de los Suizos a casa de Moritz era mi salvación, Moritz era, aunque un hombre de negocios duro y experimentado, uno de los más duros y experimentados que he conocido nunca, también, y eso lo sabían muy pocos y lo hubieran creído también muy pocos, un carácter sensible, sensitivo, en el que las posibilidades sensibles de su exterior macizo y, en resumidas cuentas, para todo el que lo veía, de aspecto nada más que brutal y, en cualquier caso, de apariencia fría, como un cuerpo más o menos sin sentimientos, no habían sido en absoluto reprimidas, sino que, muy a menudo, esa experiencia la tuve muchas veces, se habían puesto de manifiesto y la forma de obrar de Moritz esa tarde y en la velada que siguió confirmaron lo que digo. Él, Moritz, hubiera podido, lo más tarde en el punto culminante de mi exceso y como muy tarde al entrar el Suizo en su casa, hacerme salir cortésmente de su casa, pero no lo hizo; al contrario, en seguida me arrastró muy hábilmente a la conversación con los Suizos y me invitó también en seguida a cenar con todos, y en definitiva fue él quien cambió de tema inmediatamente, cuando los Suizos entraron en el cuarto de los archivadores, en un sentido que me había liberado de mi pesadilla, hacia la construcción de la casa de los Suizos, y Moritz había logrado, lo que él había previsto, apartarme de mí mismo mediante hábiles cambios de conversación, lo que quiere decir hacerme salir de mi callejón sin salida, lo que, sin los Suizos y, por tanto, solo conmigo mismo, no había podido lograr esa tarde ni hubiera podido lograr tampoco en la noche que siguió. Cuántas veces me había salvado Moritz de una de esas llamadas pesadillas, me había sacado de una desesperación profunda, aunque él

mismo, probablemente, nunca se hubiera dado cuenta de ella, había sido a él muy a menudo, y en los últimos años con intervalos cada vez más cortos, a quien debía el continuar mi existencia, lo que no es exageración y debe ser dicho aquí. Esa tarde le había hablado por primera vez abiertamente de mi estado, verdad es que sin la preparación que hubiera sido necesaria, le había comunicado en seguida con horrorosa claridad y en medio de la mayor excitación mi enfermedad, mi enfermedad intelectual y sentimental, lo que había tenido que espantarlo; aunque durante todos esos años nunca le había explicado nada que aludiera a esa enfermedad, sin duda él, Moritz, había podido percibir muy a menudo los efectos de esa enfermedad mía, una y otra vez y cada vez de una forma distinta, y no es éste el momento de poner ejemplos, Moritz había visto siempre que yo padecía esa enfermedad, pero yo no le había hecho nunca la menor insinuación al respecto, no le había dicho nada al respecto, siempre había callado al respecto, por lo que él nunca había podido hacer nada; sin embargo, repentinamente, yo había intentado esa tarde hacer un análisis de esa enfermedad mía, aunque ese intento hubiera tenido que fracasar enseguida en sus comienzos y hubiera degenerado. Cómo podía haber pensado yo, sin embargo, ni por un instante, en hacerle un análisis de mi enfermedad a Moritz, cuando yo estaba tan excitado y sé que no puede hacerse ningún análisis, de la clase que sea, en estado de excitación y, naturalmente, menos que ninguno, un autoanálisis. Así, el intento de análisis se perdió lógicamente en arrebatos e invectivas incoherentes y precipitados y en un proferir frases desordenadas, con probabilidad totalmente confuso, del que Moritz no podía sacar nada en limpio. Sin embargo, finalmente había alcanzado yo, lo que no había creído ya posible, una mejoría de mi estado que, en efecto, esa tarde y esa noche, con ayuda de Moritz y de los Suizos, se me había hecho otra vez soportable. Sin embargo, no debo hablar aquí de mí sino de la compañera del Suizo, en la que he pensado en los últimos días otra vez muy a menudo y muy intensamente, y quizá logre, después de haber fracasado ya en muchos intentos en tal sentido, conservar ahora su recuerdo en el papel. El que hasta ahora haya hablado tanto de mí se explica lógicamente por el hecho de que conocí a los Suizos, o sea a la compañera del Suizo, o sea a la Persa, en ese día nefasto en el que, como queda dicho, fui a casa de Moritz en medio de la mayor excitación para salvarme y en el que en realidad, como he dicho ya, fui salvado y no en pequeña medida por los Suizos, de los que naturalmente no puedo creer que esa tarde fueran a casa de Moritz sólo con el fin de salvarme, lo que no quiere decir que no haya pensado muy a menudo que los Suizos fueron en realidad esa tarde a casa de Moritz para salvarme, no creerlo es tan absurdo como pensarlo. Ahora, después de esa aclaración, puedo hablar de la compañera del Suizo, o sea de la Persa, e intentar al menos conservar el recuerdo de ella, aunque sólo sea fragmentariamente y sólo en forma defectuosa y, como todo lo escrito, no pueda en lo más mínimo hacerse de forma acabada y completa, después de que tantos intentos como he hecho en los últimos tiempos han fracasado siempre. Sin embargo, todo lo que ha de escribirse debe empezarse siempre desde el principio e intentarse

siempre de nuevo, hasta que por lo menos una vez se logra de forma aproximada aunque nunca satisfactoria. Y por inútil que sea, y por terrible y desesperado que sea, hay que probar siempre de nuevo cuando tenemos un tema que nos aflige siempre y siempre con la mayor obstinación y no nos deja ya en paz. Aun sabiendo que nada es seguro y que nada es completo, debemos, aun en medio de la mayor inseguridad y de las mayores dudas, comenzar y proseguir lo que nos hemos propuesto. Si siempre renunciamos antes de haber empezado, caemos en definitiva en la desesperación y en definitiva y finalmente no salimos ya de esa desesperación y estamos perdidos. Lo mismo que cada día debemos despertar y comenzar y proseguir lo que nos hemos propuesto, es decir, tenemos que seguir existiendo porque sencillamente tenemos que seguir existiendo, así, un propósito como el de conservar el recuerdo de la compañera del Suizo tenemos que comenzar y proseguirlo y no dejarnos desanimar por el primer y, probablemente, siempre renovado pensamiento de tener que fracasar en ese proyecto. Todo fracasa. Al menos, si tenemos voluntad de fracasar, avanzamos, y debemos tener siempre, en todo y en todas y cada una de las cosas, al menos la voluntad de fracasar, si no queremos perecer ya muy pronto, lo que realmente no puede ser la intención con que estamos aquí. Cuando fui a recoger a la fonda a la compañera del Suizo, a quien, como todos los del lugar llamaban la Persa y por tanto, con mucha razón, no la Suiza, llamaba yo también y llamaré la Persa, hacia las cinco, como había acordado con ella, naturalmente no estaba lista, el que las mujeres, sean las que fueren, nunca están listas a una hora convenida determinada lo he sabido toda la vida, y también con la Persa fue así; mientras me sentaba abajo en la sala y me dejaba arrastrar a una conversación con la dueña sobre muebles antiguos, pero luego más sobre la explotación agropecuaria a que se dedicaba su marido y, por tanto, también sobre los negocios *de ella*, no sin atender la sugerencia de la dueña de beber un vaso de cerveza, pensaba en las relaciones de la Persa con su compañero, mezclándolo siempre con la conversación de la dueña y, aun participando plenamente en esa conversación, había intentado hacerme una idea más exacta de las relaciones del Suizo con su compañera, lo que, sin embargo, no me condujo a ninguna parte, casi todo lo que había entre los dos hubo de seguir siendo para mí confuso y la verdad es que tampoco hubiera podido tener ninguna idea de ambos, porque los había conocido hacía sólo unas horas en circunstancias que habían ofrecido poca información sobre ambos, había intentado siempre arrojar luz en las tinieblas de sus relaciones, pero sin resultado, tampoco aproveché la ocasión para preguntarle a la dueña sobre los dos, porque eso me hubiera parecido improcedente, no hubiera sido otra cosa que explotar una oportunidad y probablemente, pensé, hubiera sabido sin duda muchas cosas por la dueña sobre los dos, pero no la verdad, porque la dueña sólo hubiera podido contar sobre los dos alguna cosa escandalosa, que yo, sin embargo, no quería oír; las dueñas parlotean casi siempre sólo desvergüenzas y cosas falsas en todos los sentidos sobre sus huéspedes, eso lo sabía y me mantuve reservado y no le pregunté nada a la dueña sobre los Suizos, aunque ella esperaba que hiciera

alguna pregunta sobre los dos, por mucho que se esforzara en hacer de la conversación sobre sus negocios, negocios secretos en gallinas y cerdos, porque a la fonda estaban unidos una gran pocilga y un corral aún mayor, el tema principal, resultaba transparente su intención de decir algo sobre los Suizos y, especialmente, sobre la Persa. Esas personas, al parecer, debieron de tener un efecto realmente sensacional en la dueña cuando aparecieron, porque en esta comarca se ven raramente extranjeros y más raramente aún suizos o los llamados europeos de la periferia, por no hablar de no europeos como la Persa; el lugar entero había tenido probablemente tema de conversación desde hacía semanas, desde hacía meses quizá, desde que los Suizos estaban en el lugar, había pensado yo, por mi aislamiento no había oído nada de los Suizos ni, por consiguiente, había podido saber nada, me hubiera bastado, pensé, con querer oír algo y hubiera sabido realmente mucho de los Suizos y probablemente, porque a los llamados naturales los conozco entretanto demasiado bien, las cosas más monstruosas. En definitiva, me causaba placer impedirle a la dueña decir algo sobre la Persa, una y otra vez, repentinamente, en medio de su conversación de negocios sólo fingida, ella había intentado hacer algún comentario sobre los Suizos y, en particular, sobre la Persa, pero yo se lo impedía, hablando de sus negocios cada vez más obstinada y cada vez más insidiosa y cada vez más insistentemente; por otra parte, a ella le gustaba siempre escuchar lo que yo pensaba en relación con sus cerdos y gallinas y sus compras de piensos y sus visitas al mercado y las visitas al mercado de su marido, porque había llegado hacía tiempo a la conclusión de que mi opinión le era sumamente útil en todos sus negocios, tanto si se trataba de muebles antiguos como de productos agropecuarios se revelaba siempre útil, aunque ella comenzara siempre a dudar, y por tanto sumamente lucrativa, realmente entiendo mucho de cerdos y de gallinas y de todo lo agropecuario, aunque sólo sea porque procedo de lo agropecuario, y siempre hasta hoy me he interesado por lo agropecuario, aunque sólo marginalmente, por eso había estado siempre familiarizado con lo agropecuario y nunca había perdido mi interés por ello, por eso había podido hablar siempre realmente bien con la dueña sobre lo agropecuario y los negocios relacionados con ello, ella había apreciado mi opinión, aunque siempre mediante rodeos, por eso también ese día sentía ella curiosidad por lo que yo decía, por otra parte, sin embargo, ese día no tenía ninguna gana de hablar conmigo de sus negocios agropecuarios, hacia los que la había llevado yo, sino que quería hablar sólo de la Persa que, supuse yo, se había echado por la tarde y ahora seguía ocupada en vestirse, entretanto hacía más frío que la víspera, llovía a mares y, quién sabe, había pensado yo, quizá no irá conmigo al bosque de alerces, por otra parte, había oído precisamente ruidos en el techo de la sala y, por tanto, en el suelo del cuarto de ella, que indicaban que la Persa se estaba preparando muy bien para el convenido paseo por el bosque de alerces. Mientras me bebía la cerveza y conversaba con la dueña, que andaba de un lado para otro por la sala con la misma blusa blanca, sucia por los bordes, había pensado otra vez lo abandonada que estaba la fonda y lo descuidado

que estaba todo en esta fonda, la única del pueblo, y que una sola mirada por la abierta puerta de la cocina bastaba para quitarme la idea de volver a ir a comer a la fonda. Los Suizos no habían tenido otro remedio que alojarse aquí porque tenían que estar cerca del lugar de la construcción. Mientras el Suizo, probablemente, lleva ya todo el día viajando, en busca de hombres siempre nuevos y materiales siempre nuevos para la construcción de su casa, su compañera se ha echado, había pensado yo y, en el fondo, también si ella era persona para dar paseos, porque yo la había invitado a dar un paseo por el bosque de alerces sin saber si le gustaban los paseos, quizá sea una persona a la que no le interesan los paseos aunque tiene tiempo para pasear, a diferencia de su compañero, que no tiene nada de tiempo para pasear, ¿cómo puedo saber si ella, a quien sólo conozco hace unas horas y, por tanto, no conozco lo más mínimo, es persona que se interese por la Naturaleza? Mientras la dueña intentaba hablar conmigo del precio del cerdo en los mercados de la última semana y esperaba continuamente de mí respuestas, pensé en aquella persona, todavía totalmente desconocida para mí, con la que había convenido en dar un paseo por el bosque de alerces a una hora que es la más conveniente para esos paseos por el bosque de alerces, entretanto la lluvia lo había oscurecido ya todo ante las ventanas de la fonda, pero he cogido una linterna, pensé, y me metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué la linterna y la probé y funcionaba. Hubiera sido más prudente tomar un té y no una cerveza, pensé cuando la dueña estaba ya a punto de traerme un segundo vaso de cerveza, que rechacé después de haberme acabado el primero. Ella, la dueña, sólo quería en la vida hacer negocios, había nacido para hacer negocios y en su mente sólo había lugar para los negocios y todo su ser vivía sólo para hacer negocios, negocios ininterrumpidamente, cualesquiera que fueran, y en su rostro no se veía otra cosa. Todo, en una persona como la dueña, es negocio. Inteligencia, sentimientos, todo se aplica sólo a los negocios. El negocio, en fin de cuentas, cualquiera que sea, es su única razón de existir, el negocio como corazón y pulmones de una naturaleza así. Sin embargo, no me sentía repelido por la dueña, al contrario, precisamente porque como ninguna otra persona de mi entorno, demostraba consecuencia, la mayor consecuencia posible y, por cierto, de forma ininterrumpida, sin que nunca aflojara la intensidad de su consecuencia, me atraía. Por una parte me repelía, por otra me atraía. Su consecuencia me había atraído cada vez que había tenido relación con ella, pero la *finalidad* de su consecuencia inexorable me había repelido. Atraído y repelido al mismo tiempo por la dueña, realmente había conversado siempre a gusto con ella, también porque yo, más que cualquier otra cosa, necesitaba un contrapeso para mi trabajo, para *mi* consecuencia que, sin embargo, no era ni con mucho una consecuencia tan inexorable y exclusiva como la suya, probablemente yo admiraba su consecuencia, aunque me repelía su finalidad que, en fin de cuentas, era sólo el negocio y nada más que el negocio. Sin embargo, la dueña tenía también un grado de inteligencia muy alto, para una dueña de fonda excepcionalmente alto. Muchas veces me había impresionado su franqueza. Sobre

todo, sin embargo, admiraba su capacidad para no descuidar nunca nada en su trabajo, no se concedía a sí misma el menor descanso, su fuerza de voluntad debe de haber sido máxima, como ocurre con las personas que han sufrido ya pronto una enfermedad grave que las imposibilita para moverse durante varios y durante muchos años, en su caso una grave dolencia de pulmón, precisamente la misma dolencia de pulmón que yo tuve precisamente a la misma edad que ella. Esas personas, cuando, por decirlo así, se curan, están obsesionadas por la vida como por una existencia realmente terrible y no pueden descansar ya y viven y existen durante toda su vida y durante toda su existencia en un estado de excitación, en casi todos los casos siempre en un estado de la mayor excitación y con la mayor, la máxima fuerza de voluntad. Quizá y probablemente es precisamente esa enfermedad que yo y la dueña tuvimos lo que probablemente nos ha unido siempre en la mayor aversión posible y la igualmente mayor posible mutua inclinación. Porque exactamente igual que yo me había sentido siempre repelido y atraído al mismo tiempo por la dueña, ella, la dueña, se había sentido siempre repelida y atraída al mismo tiempo por mí. Sin embargo, no es éste el momento de describir a la dueña, de momento sólo interesa cómo conseguí esa tarde obligarla a no decir nada sobre los Suizos, cuando ella, sin embargo, sólo quería decir todo el tiempo algo sobre los Suizos y, especialmente, sobre la Persa, cómo logré, siempre con nuevas triquiñuelas, obligarla a volver a la conversación sobre sus negocios, mientras ella, sin embargo, sólo quería hablar de los Suizos, quería contar cosas de los Suizos. Excitando siempre su curiosidad en relación con sus negocios en el momento decisivo, había conseguido siempre que *no* pudiera hablar de los Suizos. Todo el tiempo había podido comprobar, por el comportamiento de la dueña, que desde hacía ya meses nada le interesaba más que los Suizos y sólo esperaba un gesto de mi parte para explayarse a favor o en contra de los Suizos. Todo en ella esperaba ese gesto. Yo, sin embargo, no tenía intención de hacer tal gesto. En primer lugar, quería averiguar por mí mismo sobre los Suizos todo lo que pudiera de los Suizos mismos, ése me parecía el mejor camino. Preguntarle a la dueña de una fonda sobre unas personas, cualesquiera que fueran esas personas, significaba situar a esas personas de antemano bajo una luz sucia, y eso no lo quería. Podía imaginarme las habladurías de esas gentes sobre los Suizos, lo que esas gentes, en resumidas cuentas brutas y embrutecidas de la comarca tendrían preparado para los Suizos sólo podía ser repulsivo y bajo. Mi experiencia es que los naturales son siempre recelosos hacia los forasteros y en sus sentimientos, si es que los tienen, sólo sucios y bajos, y con los Suizos, lógicamente no hacían ninguna excepción. El forastero, por mucha buena disposición y buena voluntad y por muy buenas que sean sus intenciones no puede venir a esta comarca, es ensuciado, criticado, hay muchos ejemplos de ello, aniquilado. Y tanto más cuanto que esta comarca es la más atrasada que pueda imaginarse. Dos personas que, durante decenios, viven juntas sin estar casadas y de las que sólo se sabe que tienen dinero, bastan para la pública difamación. Las gentes de esta comarca son de lo más desconsiderado y, para un forastero, cada persona es

una trampa mortal si pone el pie encima. De eso debían de tener una idea los Suizos si llevaban ya meses en la comarca. Y el Suizo había hecho ya en casa de Moritz insinuaciones en ese sentido, veía ya a los naturales del país bajo otra luz, como capaces de todo en todos los aspectos, por lo menos como de cuidado. Pero, por otra parte, los Suizos, como había visto yo en casa de Moritz, habían demostrado una excesiva ingenuidad y todavía no habían tenido todas las experiencias necesarias con los naturales; de otro modo habrían debido reaccionar ya en muchas cosas de otro modo. Me resultaba incomprensible, y todavía hoy me resulta bastante incomprensible que personas que han viajado por todo el mundo, y por tanto, han visto tanto del mundo, pudieran establecerse en esta comarca, cualquier cosa menos acogedora, cualesquiera que fueran sus razones. Detrás podía haber naturalmente una intención, para mí, lógicamente, por completo desconocida, había pensado yo, y había tenido que contenerme para no expresar ese pensamiento en voz alta, porque entonces hubiera tenido inmediatamente, con seguridad, una respuesta de la dueña y hubiera podido preocuparme, porque la dueña, con seguridad, había llegado en la idea de qué querían y se proponían aquí los Suizos mucho más lejos que yo, pero me dominé y no dije nada, aunque luego no podía apartarme precisamente de ese pensamiento, qué se proponían los Suizos al construir aquí la casa. Y alguna finalidad determinada debía de tener la decisión de los Suizos de establecerse aquí. Esa idea no llevaba a ningún lado. Era demasiado pronto para preocuparse por ello, pensé. Primero quiero dar de una vez mi paseo con la Persa. Precisamente cuando había aconsejado a la dueña que no reservara para el próximo año más de seiscientos cerdos, porque para el próximo año sospechaba un enorme descenso del precio del cerdo que afectaría precisamente a los pequeños criaderos de cerdos como el de la dueña, oí cómo la Persa iba unas cuantas veces de un lado para otro por su cuarto, sobre mi cabeza, más deprisa que antes, y luego salía por la puerta y bajaba la escalera. Poco después estaba en la sala, yo me había puesto de pie y los dos habíamos salido de la fonda. La dueña nos había mirado de una forma rara. Para mi conversación con ella había sido una gran ventaja el que, precisamente por la mañana, hubiera leído el llamado *Diario Agropecuario*, al que estaba suscrito y que semanalmente, todos los viernes, recibía de manos del cartero, por lo que, lógicamente, estaba siempre muy bien informado sobre todo lo agropecuario; por una parte tenía a mi disposición el diario agropecuario, por otra mi propia mente, y por ello había podido hacer las deducciones más exactas en materia agropecuaria y había sido totalmente necesario estudiar ese diario agropecuario si quería conversar con los naturales, todos los cuales, casi exclusivamente, se interesaban por lo agropecuario, de lo que vivían, otra conversación que no fuera sobre lo agropecuario no había, si prescindo de que, además, se hablaba también de mujeres y de forasteros. Esta comarca es todavía hoy, en la llamada era de la industrialización avanzada, casi exclusivamente agropecuaria y en todos y cada uno de sus aspectos está orientada a lo agropecuario, es decir, a lo agrario. Esa había sido también la razón decisiva para

que me retirase aquí, en el momento en que el constante viajar de un lado para otro me había hartado repentinamente y, de una forma que también a mí me había sorprendido, el estado en que cambiaba cada pocos días o semanas de lugar y no estaba en casi ningún lugar más de unos días o semanas me había resultado insostenible, sobre todo porque quería avanzar en mi trabajo científico, mi trabajo exigía un lugar fijo y, por casualidad, por mediación de un amigo que hacía ya dos decenios había hecho negocios con él, había conocido a Moritz, y Moritz me había proporcionado mi casa, lo mismo que ahora, diez o doce años más tarde, había proporcionado a los Suizos su terreno, pero es evidente que yo había pagado a Moritz por mi casa un precio tan descaradamente bajo como los Suizos por su terreno uno alto, sin duda alguna el más bajo, mientras que los Suizos, sin duda alguna, el más alto, aunque en el caso de mi casa no se trataba de una casa sino de una ruina en la que ni siquiera había puertas y ventanas, ni siquiera jambas de puertas y de ventanas, y en realidad un natural hubiera pagado aún menos por esa ruina, pero un natural no hubiera comprado esa ruina, tenía que venir alguien de la ciudad como yo y establecerse en ella. En verdad, mi casa, cuando la compré, no era más que un techo agujereado, casi podrido ya en su totalidad, sobre unas paredes que, aunque enormes, se desmoronaban. Pero yo era suficientemente joven para hacer habitable esa ruina, me había propuesto hacer de la ruina una vivienda en menos de un año, con mis propias manos. Dinero no tenía casi nada y me entrampé todo lo que pude sin saber cómo ni cuándo podría pagar esas deudas, pero esa idea no me había preocupado, lo importante era que tenía en el mundo un lugar para mí solo, que había que delimitar y cercar, y en el que podía concentrarme por completo en mi trabajo científico. Nadie puede imaginarse lo que significa hacer de esa ruina un edificio habitable resistente al agua. Pero ésa es otra historia. Lo que quería decir era: yo había buscado esta comarca porque, realmente muy atrasada y no afectada aún por el llamado progreso, me había dado la posibilidad de concentrarme exclusivamente en mí, lo que quiere decir en mi trabajo, y eso no hubiera sido posible en ninguna otra comarca que, por lo demás, se ajustara también superficialmente a mi idea de lo que era una comarca adecuada para mí y que presentara semejanzas, las mismas estructuras que la comarca de donde procedo, porque la comarca en que había querido retirarme para avanzar en mi ciencia debía ser semejante a la comarca de donde procedo. También las gentes eran aquí donde, como queda dicho, había llegado por casualidad, como las gentes de mi comarca, igualmente duras y frías y, llegado el caso, bajas y abyectas, y despiadadas hacia cualquier intruso. Pero, naturalmente, no se agotaban sólo en sus peculiaridades fatales y diabólicas. Quizá sean las personas de esta comarca todavía más brutas que las de mi comarca natal, quizá todavía más frías, más infames. Una cosa es segura, sin embargo, y es que el forastero que llega a una comarca totalmente desconocida para él y se ve entre gentes totalmente nuevas, las encuentra siempre mucho más frías e infames de lo que en verdad son. Sin embargo, mi impresión, y llevo ya en esta comarca mucho más de un decenio, no se ha debilitado entretanto.

Tengo que suponer que todo forastero que llega aquí tiene las mismas impresiones y sentimientos; por tanto, los Suizos tenían probablemente también los mismos sentimientos que yo, tal vez, siendo dos, algo más débiles, aunque sin duda la Persa debió de tener los mismos sentimientos que yo porque éramos semejantes, a diferencia del Suizo, que tenía la piel de elefante y la cabeza dura. Era conmovedor ver cómo ella se había vestido para el paseo por el bosque de alerces. En la cabeza llevaba un sombrero de hombre y en los pies botas de goma de hombre que, pensé, habría pedido prestadas a la dueña. Su abrigo de piel era, como podía uno imaginarse, inadecuado para la lluvia, pero ella había querido dar ese paseo a toda costa. Llovía tan fuertemente que yo no podía levantar la vista y mirarla, y al revés, por lo que habíamos bajado simplemente desde la fonda hasta el bosque de alerces, durante algún tiempo sólo en silencio y pisando con fuerza el follaje empapado, lo que hacía un extraño ruido que, sin embargo, nos gustaba a ambos, porque cada vez nos abríamos paso a través de más follaje, lo que no hubiéramos tenido que hacer si hubiéramos ido por el camino, sin embargo habíamos hecho caso omiso del camino. Cuando dos personas que no se conocen y sólo se han visto antes una vez dan juntas un paseo, se callan al principio muchísimo tiempo, y más aún si se trata de un hombre y una mujer. Quién habla primero es algo por decidir. En ese caso rompí yo el silencio, al preguntarle a mi acompañante de dónde había sacado las botas que llevaba en los pies y de dónde había sacado el sombrero que llevaba en la cabeza, y en seguida vi confirmada mi sospecha de que sombrero y botas eran del marido de la dueña, había estado seguro de mi sospecha, una vez más me asombraba a mí mismo mi capacidad de observación, porque realmente había sabido a la primera ojeada que las botas de goma eran las botas de goma del dueño y el sombrero el sombrero del dueño, lo había averiguado por detalles del sombrero y por detalles de las botas. Quien vive suficiente tiempo y con suficiente atención en una comarca así y en un lugar como el nuestro, pronto conoce todos los objetos y sabe pronto a quién pertenecen todos esos objetos, aunque se trate incluso, como veo, de botas y sombreros, por no hablar de otros objetos llamativos. Naturalmente, yo estoy especialmente entrenado en la percepción y la observación y, en tal medida, quizá no sea éste un buen ejemplo de validez general. Esa capacidad de percepción y de observación tiene muchísimas ventajas, por otra parte muchísimas desventajas y es rara vez bien, casi siempre mal vista. Una persona así, que todo lo percibe y todo lo ve y todo lo observa, y eso de forma ininterrumpida, no es apreciada, más bien temida y las gentes recelan siempre de una persona así, porque una persona así es una persona peligrosa y las personas peligrosas no son sólo temidas sino también odiadas y, en tal medida, tengo que calificarme también de persona odiada. Personalmente, la verdad es que considero mi capacidad de percepción y de observación como una ventaja sumamente útil, que muy a menudo ha resultado ya salvadora. Alrededor del cuello se había anudado la Persa, con independencia de que se había subido el cuello del abrigo de piel, un chal de lana además, un chal de lana inglés, muy bonito, que

probablemente había costado mucho dinero y que sin duda se había comprado la Persa en Londres, según mi suposición que resultó luego muy exacta. A veces ella se resbalaba, porque el bosque es accidentado por todas partes, y yo la sostenía. Pero no se inició ninguna conversación y, después de haberle preguntado aún de dónde había sacado el chal, quizá, pensé, una pregunta improcedente, pensé si no sería mejor volver. Por un momento tuve la idea de llevarla a mi casa, de mostrarle mi casa, pero luego abandoné otra vez esa idea, no puedo llevarla ya a mi casa después de un primer paseo, pensé, y le propuse volver a la fonda, sentarnos en la sala para beber un té o, pensé, un coñac. En el fondo, no era ella la que impedía un diálogo o aunque sólo fuera una conversación, sino yo, porque no estaba acostumbrado a estar con una persona de las llamadas intelectuales y la Persa, eso me había resultado evidente en seguida, era una de esas personas intelectuales, a diferencia de su compañero, el Suizo, que no lo era. ¿Qué había esperado yo de ese paseo? Terminó con que, mojados los dos, en fin de cuentas también ella, hasta los huesos, volvimos a la fonda y nos sentamos en un rincón de la sala. La dueña nos trajo dos coñacs. Pero tampoco en la sala se había podido pensar en un diálogo, ni siquiera había surgido una conversación, porque la dueña había estado ininterrumpidamente presente; esperando una conversación entre yo y la Persa, se había sentado en la sala con una labor de punto y, según me pareció, se había instalado junto al mostrador para mucho rato. Se sentaba allí y esperaba. Sin embargo, entre la Persa y yo no había surgido ninguna conversación. Sin embargo, realmente no había necesidad de ninguna conversación audible entre ella y yo, porque conversábamos ya desde hacía muchísimo tiempo, aunque no con palabras expresas. Conversábamos en silencio y nuestra conversación era una de las más interesantes que puede imaginarse; palabras pronunciadas y ordenadas para ser oídas no hubieran podido tener el efecto de ese silencio. Así estuvimos más de una hora sentados en la sala, mudos, pero en un estado de ánimo agradable. La dueña, a la que ese comportamiento debía de parecer muy enigmático, no había estado naturalmente nada contenta. Nos había traído dos coñacs más por mi cuenta y, entretanto, había puesto las botas de goma junto a la estufa y había colgado el sombrero para que se secaran. También había colgado el abrigo de piel sobre la estufa, en las perchas de secar. Lo que había pasado en su interior mientras hacía punto hubiera sido ya interesante. En su comportamiento y en la forma en que, de vez en cuando, nos había mirado y remirado había muchas preguntas y también, al mismo tiempo, las correspondientes respuestas. Un trabajador que había entrado repentinamente en la sala, uno de los transportistas de cerveza establecidos en el lugar, que se sentaba a una mesa próxima y había pedido una cerveza, estaba predestinado a poner fin a la escena. La dueña se había puesto en pie para servir la cerveza y dejarla en la mesa del transportista de cerveza y la Persa había dicho su primera frase. Estaba contenta, dijo, de haber ido conmigo al bosque de alerces. Por primera vez desde hacía años, dijo, había estado con alguien que no fuera su compañero. Le había sido sencillamente imposible, dijo, decir una sola palabra

durante el paseo, no estaba ya acostumbrada. Cuántas cosas había querido decir, dijo, pero no había podido. En verdad, vivía desde hacía ya muchos años con su compañero, dijo, igualmente silenciosa y muda. No había diálogo entre los dos, dijo, ni la más pequeña conversación. Años y años más o menos muda con una persona, es decir el Suizo, dijo, con la que no tenía ya nada en común. No dijo de la que ya no podía separarse, eso lo pensé. Eso fue todo, porque la dueña se había sentado otra vez junto al mostrador y había cogido su labor y escuchaba de nuevo. La Persa, sin embargo, se calló y no dijo nada más hasta que se despidió. Hizo que la dueña le descolgara el abrigo de piel, que entretanto se había secado, y subió a su cuarto. Y yo pagué y me fui.

No había estado nada seguro de si era correcto invitarla otra vez a dar un paseo el día siguiente. Yo había estado todo el día en casa, más exactamente, en las habitaciones de abajo, hasta que repentinamente había sentido la necesidad de apartarme mediante un libro de mis pensamientos en la Persa, que me habían dominado toda la mañana y la mayor parte de la tarde, y después de mucho tiempo, sin duda después de semanas, en que había sido incapaz de leer nada, había podido entrar otra vez en el cuarto de los libros. Me había preparado el más pequeño de los cuartos de arriba como así llamado cuarto de los libros y lo había amueblado de forma que no pudiera hacer realmente en él otra cosa que leer, estudiar libros, escritos, para lo cual había colocado en ese cuarto un único sillón que estaba frente a la única ventana, un sillón duro, por todos conceptos incómodo y totalmente simple, el más apropiado para leer que cabe imaginarse, sentado así frente a la ventana en el sillón de madera podía, una vez que me había decidido, sumirme sin estorbos en cualquier lectura que quisiera, esa tarde, como recuerdo muy bien, una edición de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, que había heredado de la biblioteca de mi abuelo materno y en la que siempre leía entonces cuando no esperaba de la lectura otra cosa que un placer que me purificase en todos los aspectos. *El mundo como voluntad y representación* había sido para mí, ya desde la más temprana juventud, el más importante de los libros filosóficos y siempre he podido confiar en sus efectos, es decir, el descanso total de mi mente. En ningún otro libro he encontrado nunca un lenguaje más claro y una inteligencia igualmente tan clara, ninguna obra literaria ha ejercido nunca sobre mí un efecto más profundo. Con ese libro siempre había sido feliz. Pero sólo raras veces tenía yo la preparación natural e intelectual absolutamente necesaria para ese libro y, por tanto, sólo rara vez había tenido la posibilidad de estar con ese libro extraordinario y en verdad de importancia decisiva, pues a *El mundo como voluntad y representación* se aplica como a pocos otros de los *libros supremos* el que sólo se abren a uno y se dejan descifrar en un estado de la más extrema capacidad y, por tanto, *capacidad* de asimilación y *merecimiento* de asimilación. Esa posibilidad la tenía yo esa tarde en el grado más alto. El encuentro con la Persa, que sin duda alguna me había salvado de un aislamiento y desesperación no sólo largo sino, sin duda, el más largo de los últimos

años y, en el sentido más verdadero de la palabra, me había hecho otra vez posible y no hay que subestimar tampoco las consecuencias del paseo dado con ella por el bosque de alerces, que sólo superficialmente considerado había sido un fracaso, pero en realidad debía de haber tenido exactamente el efecto contrario, no había sido la última de las causas de que, después de tanto tiempo, hubiera podido calmarme de nuevo en mi cuarto de los libros y, por si fuera poco, inmediatamente con *El mundo como voluntad y representación*, y pasarlo agradablemente. Y esto hubiera sido lo último que hubiera podido imaginarme: que tras una hora o más con *El mundo como voluntad y representación* hubiera sentido repentinamente la necesidad de mis estudios científicos, y me levanté y salí del cuarto de los libros y abrí el cuarto en que había encerrado mis estudios científicos, por tanto todos los escritos científicos y todos los otros escritos y libros pertenecientes a esos escritos científicos. Durante tantos meses no había podido ver esos escritos y escritos sobre escritos y libros y libros sobre libros porque estaba en medio de la mayor desesperación. Ese estado había terminado ahora. En este punto hay que decir que, en los últimos años, en una situación así de absoluta falta de salidas y absoluta falta de esperanza, probablemente siempre por las mismas causas, me había entrado una insatisfacción, que me taladraba continua e ininterrumpidamente y paralizaba y finalmente destruía todo en mí, hacia todo lo que a mí se refería, y siempre me había sido luego incomprensible y cada vez más incomprensible cómo había podido salir otra vez de esa situación, pero la falta de esperanza y la falta de salidas en que, por la absoluta falta de esperanza y falta de salidas en mi trabajo, había entrado con todo mi ser quedando paralizado por completo durante meses, intelectual y corporalmente, había sido la peor y realmente creo que si los Suizos, pero sobre todo la compañera del Suizo, la Persa, no hubiesen aparecido, ese estado de meses, si hubiese durado todo el verano y todo el invierno, me habría matado. Esos estados, ataques de enfermedad, empeoran lógicamente, los tenía ya desde hacía decenios, al principio de una forma apenas apreciable y aún débil, de modo que no valía la pena hablar de ellos, pero luego, al comenzar mis verdaderos estudios científicos y con la auténtica seriedad de mi trabajo científico-filosófico, se habían intensificado cada vez más, finalmente se manifestaron como *síntomas* de enfermedad de aparición aislada y luego, en fin de cuentas, como enfermedad y como enfermedad realmente *grave*. Si al principio había podido pensar todavía en una curación de esa enfermedad, finalmente habría sido absurdo confiar en una curación así y tampoco la aparición de los Suizos significó la curación sino sólo un debilitamiento de mi estado morbozo, lógicamente no la curación sino sólo la interrupción del proceso morbozo, del que tengo que suponer que duraba ya años, lo mismo que ese proceso morbozo dura todavía hoy y estoy seguro de que durará toda mi vida. Los Suizos habían producido un debilitamiento de los síntomas de mi enfermedad; la enfermedad misma, lógicamente, no habían podido curarla los Suizos tampoco, sin embargo los Suizos me habían salvado de mi absoluta incapacidad de movimiento; como si hubiera sospechado que aparecerían en casa de Moritz, había

ido a casa de Moritz, nunca ocurre ni la casualidad más pequeña. Aunque en todos esos ataques de enfermedad anteriores, sumamente graves, había bastado con que saliera de casa y fuera a través del bosque a casa de Moritz, en el curso de este grave, sí, debo decirlo, gravísimo ataque no habría bastado ya probablemente sólo con ir a casa de Moritz, y durante mis desesperados esfuerzos de aquella tarde con Moritz había visto que mis esfuerzos no conducían a nada, absolutamente a nada, por mucho que yo hubiera confiado en esa visita y, como queda dicho, me hubiera decidido incluso a hacerle a Moritz un análisis de mi enfermedad; mi visita a casa de Moritz a quien siempre, debo decir, había visitado como a un médico y, por tanto, como a un salvador, como a un salvador intelectual y corporal y a quien todavía hoy, cuando ya no sé nada, visito en esa calidad que probablemente él desconoce, el ir sólo a casa de Moritz y sacudir ante él mi basura intelectual y sentimental amontonada no hubiera servido esa tarde de nada, sin duda alguna hubiera fracasado en mis esfuerzos, incluso con la ayuda de la mujer de Moritz, de su madre, de su hijo, que siempre se habían ocupado de mí de la forma más desinteresada, el que en ese ataque habría resultado sin sentido ir a casa de Moritz de la forma acostumbrada, practicada ya a menudo, lo había sabido ya en el camino hacia casa de Moritz, no sólo sentido sino sabido y, ya antes de haber entrado en casa de Moritz, me había resignado haber fracasado, a haber fracasado definitivamente, por tanto, a estar destruido y aniquilado y nadie, salvo alguien en la misma situación sin esperanza que yo, puede apreciar lo que significa una autorrevelación total como la que le hice a Moritz, el que yo tuviera el valor de descubrirle y revelar todo lo que a mí se refiere, sin la menor consideración hacia mi persona y, naturalmente, sin la menor consideración tampoco hacia la persona de Moritz, las dos, la mía y la suya, me habían sido totalmente indiferentes, en todos los aspectos, en ese ataque de brutalidad intelectual y de brutalidad sentimental, y realmente sin el menor derecho de protección y consideración en mi mente. Las causas de ese reciente y gravísimo estallido de mi enfermedad no deben buscarse y encontrarse solo, sin embargo, en mi trabajo científico, en el hecho de que me había visto abrumado por ese trabajo mío de la forma más insoportable y, por ello, engañado y perturbado intelectualmente en lo más sensible, sino que estaban también, profundamente, en todas y cada una de las cosas que me rodeaban, mi entorno todo y el próximo y el más próximo y el lejano y el más lejano tenían la culpa de que yo hubiera caído en un ataque de enfermedad así, y no era la menor la bajeza y la maldad y la reticencia de mi entorno inmediato que, cada vez más y en todas sus manifestaciones, parecía apuntar al único fin de destruirme y aniquilarme, contra lo que yo había estado completamente indefenso, y el estar consciente de ser impotente y estar indefenso contra esa voluntad de destrucción y de aniquilación, unido a mi incapacidad para el trabajo, había causado ese terrible estallido de mi enfermedad y las horrorosas circunstancias políticas en este país nuestro y en toda Europa habían dado quizá la señal para esa catástrofe, porque todo lo político se había convertido exactamente en lo contrario de lo que yo había estado

convencido de que era lo justo y de lo que todavía hoy estoy convencido de que es lo justo. Las circunstancias políticas habían empeorado repentinamente en ese momento de una forma tal, que no podían calificarse más que de horribles y fatales. Los esfuerzos de decenios se habían borrado en pocas semanas, el Estado, siempre inestable, se había derrumbado realmente en pocas semanas, de repente reinaban otra vez la estupidez, la codicia y la hipocresía, como en los peores tiempos del peor régimen, y los poderosos trabajaban de nuevo sin escrúpulos en el exterminio intelectual. Una hostilidad hacia lo intelectual observada ya por mí durante años había alcanzado un nuevo y repulsivo punto culminante, el pueblo o, mejor, las masas populares eran incitadas por los gobernantes al asesinato intelectual e instigadas a la caza de mentes e inteligencias. Todo, de la noche a la mañana, se había vuelto otra vez dictatorial y desde hacía ya semanas, meses, había tenido que sufrir en mi propia carne cómo se atentaba contra las cabezas de quienes pensaban. El honesto civismo, que está decidido a quitar de en medio todo lo que no le agrada, lo que quiere decir, sobre todo, lo que es mente e inteligencia, prevalecía y era aprovechado repentinamente otra vez por el gobierno, no sólo por este gobierno sino por todos los gobiernos europeos. Las masas, dependientes del estómago y la propiedad, se habían puesto en marcha contra las mentes y las inteligencias. Hay que desconfiar de quien piensa y perseguir a quien piensa, ésa es la vieja consigna de acuerdo con la cual se volvía a actuar de la forma más terrible. Los periódicos hablaban un lenguaje repulsivo, el lenguaje repulsivo que siempre han hablado pero, en los últimos decenios, al menos a media voz, para lo cual, de repente, no tenían ya motivo, se comportaban casi sin excepción como el pueblo, para agradar al pueblo, como asesinos de inteligencias. Los sueños de un mundo intelectual habían sido traicionados en esas semanas y arrojados al basurero popular. Las voces de las inteligencias habían enmudecido. Las mentes se habían retraído. No reinaban más que la brutalidad, la bajeza y la abyección. Ese hecho, en conexión con mi punto muerto en el trabajo, me había llevado a una profunda depresión de todo mi ser y me había debilitado de una forma que, en fin de cuentas, había producido un gravísimo estallido de mi enfermedad. Yo siempre había dependido de todo y como, súbitamente y luego poco a poco de forma más preocupante y espantosa, todo empeoraba, tuvo que sobrevenir ese ataque, el peor de todos los míos. Desde luego, a quien vive en el campo y, por tanto, retirado en el campo, porque tiene que vivir allí, porque, como yo, se ve obligado a esa vida en el campo en fin de cuentas terrible, como consecuencia de su grave enfermedad, esos *espantos* lo afectan más profundamente que al que vive en la ciudad, porque a quien, como yo, viviendo en el campo, está concentrado ininterrumpidamente de la forma más extrema en ese trabajo intelectual, y a alguien como yo, la capacidad de asimilar todo lo demás le presiona en la mente y en la inteligencia y en el ánimo con una intensidad extraordinaria y duradera. Con cuánta frecuencia me he arrepentido de haberme ido a vivir al campo, si me hubiera quedado en la ciudad, porque no soy hombre de campo, aunque mis

padres fueron gentes del campo, no soy hombre del campo, tampoco aunque conozca muy bien el campo, porque conozco la ciudad tan bien como el campo y me gusta más la ciudad que el campo, que casi siempre odio sólo porque casi siempre sólo me ha atormentado, me ha atormentado y humillado hasta donde puedo acordarme y la bajeza y la abyección son en el campo mucho mayores que en la ciudad, lo mismo que la brutalidad en el campo es mucho mayor, siempre mucho más desvergonzada y el campo, en contraposición a la ciudad, carece por completo de inteligencia. Estoy en el campo por dos razones principales, por no hablar de los cientos de razones secundarias, porque, en primer lugar, el médico que habría dicho que, por mi enfermedad pulmonar, sólo podría sobrevivir en el campo, y porque, en segundo lugar, estaba absolutamente resuelto a sacrificar la ciudad por amor a mis estudios y, por consiguiente, a mi trabajo científico. Pero he pagado un precio muy alto, he pagado el más alto precio. Vivir en el campo lo he sentido siempre como un castigo, porque en mí todo estuvo siempre dispuesto de forma que, en fin de cuentas, estaba dispuesto contra el campo. Cada día me he tenido que decir, mientras vivía en el campo, que vivía en el campo por amor a mis estudios científicos y a mis pulmones y por tanto, muy sencillamente, a mi posibilidad de existir. La vida del campo es para una persona como yo la forma de vida más horrible, si es que, en lo que a mí se refiere, puede hablarse de forma de vida, probablemente no. Porque vivo en el campo existo, me digo todos los días, vivo, existo; si me hubiera quedado en la ciudad no viviría, no existiría ya, lo que, sin embargo, es probablemente una idea totalmente absurda, porque sin duda es indiferente si vivo y, por tanto, si existo o no, pero cuando se tiene una idea así hay que pensarla, si es posible pensarla hasta el final, pienso. Y cada día me enfrento aquí en el campo sin consideración con la idea de que mi sacrificio es un sacrificio sin sentido, porque mi existencia es enfermiza, enferma y mi trabajo un trabajo sin objeto, fracasado. Pero no tengo valor para poner fin a ésa y otras ideas semejantes y, por tanto, a mí mismo. Ese valor me ha faltado siempre. Durante toda mi vida he pensado siempre en el suicidio, pero nunca he podido suicidarme. Y así, hoy, como después de la aparición de los Suizos y, sobre todo, de la Persa, que desde el primer momento, no sé por qué razón, me había fascinado, por muchas razones decisivas, probablemente por cientos y cientos de razones salvadoras para mí que se habían concentrado en la persona de la Persa de una forma para mí evidente y en gran medida inmediatamente útil, me aferro sencillamente y de la forma más ridícula y desvergonzada, y también, al mismo tiempo, otra vez deprimente, a mi vida y a mi existencia. Eso me ha resultado siempre repulsivo y luego, inmediatamente después, doblemente deprimente. Pero un día, me digo siempre, haré lo que tengo que hacer un día, me suicidaré, porque mi vida y mi existencia se han vuelto sin sentido, y continuar y seguir continuando esa absoluta falta de sentido es absurdo. Me preguntaba cómo era posible que ya al día siguiente mismo de mi encuentro con los Suizos me acercara a mis escritos científicos, que estuviera en condiciones de entrar en el cuarto de los libros y leer en *El mundo como*

voluntad y representación, de pensar finalmente en volver a reanudar mis estudios científicos, reanudarlos en el punto en que, hacía más de medio año, los había interrumpido, había tenido que interrumpirlos. Me preguntaba cómo era posible, un día después de mi encuentro con los Suizos, estar claramente ansioso de vivir, porque ninguno de los ataques anteriores había tenido semejante efecto purificador, sólo habían debilitado mi estado pero no habían podido borrarlo, y creo que precisamente la monstruosa intensidad de ese ataque había producido esa extraordinaria liberación. Pero esa liberación sólo había podido durar lógicamente unos días, después de dos o tres semanas yo estaba otra vez en un profundo abatimiento, pero eso no es de este lugar. Los Suizos, mediante su entrada en escena, en colaboración con Moritz y los suyos, habían producido un período largo, el más largo sin ataques, nunca había pasado tanto tiempo entre dos ataques sin abandonarme por completo a mi enfermedad y, por tanto, sin verme casi completamente liberado de esa enfermedad, como en el tiempo en que iba a pasear con la Persa y de ese tiempo se trata aquí, si no estuviera en el campo, esa enfermedad que, como consecuencia de mi existencia en el campo, había empeorado, no hubiera podido desarrollarse de esa forma devastadora, pero si me hubiera quedado en la ciudad no existiría ya y, por consiguiente, esa nueva idea de si no hubiera sido mejor quedarme en la ciudad y no venir al campo es absurda. Quizá hubiera sido mejor que no hubiera ido a casa de Moritz, sino a la de otro corredor de fincas y me hubiera comprado en otro sitio totalmente distinto una morada, no esa ruina que, posiblemente, era mi desgracia. Siempre había echado la culpa de mi enfermedad a las paredes húmedas y frías de ese edificio, al hecho de que yo existiera y exista todavía hoy en ese edificio, que es lo más malsano que pueda imaginarse, y lo que es más, por la decisión más libérrima. Así, por una parte me había marchado de la ciudad porque la ciudad es malsana para mí, pero por otra estaba en un edificio que, posiblemente, es mucho más malsano que la ciudad. En esos pensamientos en que, durante todo el año, pienso una y otra vez, no he podido llegar lógicamente a ningún resultado. Posiblemente, también mi propio trabajo en el edificio me ha perdido, porque he reconstruido la ruina con mis propias fuerzas y casi por completo sin ayuda ajena. Un año tras otro no he hecho otra cosa que construir, construir y siempre construir y, con ello, me he debilitado de la forma más irresponsable, y he motivado quizá esos estallidos de enfermedad, luego cada vez más graves. Hay que saber además que esta comarca es, en todo el país, una de las más ásperas y que aquí existen precisamente las gentes que corresponden a ese paisaje áspero y, en el fondo, antihumano, los hombres son aquí como el paisaje. Sin duda había llegado yo a un paisaje que no me corresponde, en el que nunca *puedo* encontrarme *en casa*, si es que una expresión como la expresión *en casa* resulta procedente. Por eso nunca he podido tener con ese paisaje más que una relación de rechazo, por otra parte, precisamente, una razón para comprar esa ruina fue que el paisaje en que se levanta mi casa tiene muchas semejanzas con el paisaje de donde procedo. Pero todos esos pensamientos no conducen a ninguna parte, cuanto más

investigo tanto más confuso se vuelve todo. Si yo mismo tuve ya unas dificultades tan horribles cuando llegué a esta comarca, cuánto mayores dificultades debe de tener la Persa ahora en esta comarca y en una situación para ella totalmente nueva y que, sin duda, debe de afectarla de una forma igualmente despiadada, pensé. Por una parte yo creía que el Suizo aliviaba la situación de ella, porque sabido es que dos personas pueden afrontar un problema así más fácilmente que una sola, por otra no estaba seguro de si precisamente el Suizo y, sobre todo, la forma de ser del Suizo, es decir, el carácter del Suizo, no dificultaba mucho más aún la situación de la Persa. Constantemente intentamos descubrir motivos ocultos y no avanzamos, sólo complicamos y trastornamos aún más lo que ya está suficientemente complicado y trastornado. Buscamos un culpable en nuestra estrella que, la mayoría de las veces, si somos sinceros, sólo podemos calificar de mala estrella. Cavilamos sobre lo que podríamos haber hecho de otra forma o mejor, y sobre lo que, posiblemente, no hubiéramos debido hacer, porque estamos condenados a ello, pero no conduce a nada. La catástrofe era inevitable, decimos entonces y nos quedamos tranquilos un tiempo, aunque sólo poco tiempo. Entonces comenzamos de nuevo a hacer preguntas desde el principio y profundizar, hasta que otra vez estamos medio trastornados. En todo momento buscamos uno o varios culpables, a fin de que, al menos de momento, todo nos resulte soportable, y lógicamente siempre llegamos, si somos sinceros, a nosotros mismos. Nos hemos resignado con el hecho de que, aunque la mayor parte del tiempo *en contra* de nuestra voluntad, tenemos que existir, porque no nos queda otro remedio y sólo porque una y otra vez, cada día y cada minuto nos resignamos de nuevo a ello, podemos continuar. Y hacia dónde avanzamos, si somos sinceros, nos es conocido, hacia la muerte, pero la mayor parte del tiempo nos guardamos de confesarlo. Y por esa conciencia de no hacer otra cosa que ir hacia la muerte y porque sabemos lo que eso significa, intentamos disponer de todos los medios posibles para apartarnos de ese conocimiento y así no vemos en este mundo, si miramos bien, más que personas ocupadas continua y perpetuamente en ese apartamiento. Ese proceso, que es en todos el proceso principal, debilita y acelera lógicamente todo el desarrollo hacia la muerte. Cuando yo estaba sentado en mi rincón del cuarto de los archivadores de Moritz la tarde en que aparecieron los Suizos, tuve esa idea contemplando y observando a los Suizos. Todas esas personas, cualesquiera que sean, están dominadas por ese proceso, el de apartarse de la muerte que en todos los casos tienen delante, había pensado. Todo en todos los hombres no es otra cosa que apartamiento de la muerte. Es sorprendente que precisamente delante de Moritz hubiera podido desarrollar muy a menudo esos pensamientos, que hubiera podido hablar de esos pensamientos de muerte con Moritz. Cuando tenemos una persona en nuestra proximidad con la que, en fin de cuentas, podemos hablar *de todo*, aguantamos, si no, no. Tenemos que poder acudir a un Moritz y desahogarnos. Ahora yo tenía a la Persa para esos pensamientos y para las conversaciones desarrolladas a partir de esos pensamientos y no me había equivocado. Si el día siguiente al de mi primer encuentro

con la Persa había tenido yo la intención de no dejar mi casa por ningún concepto, porque de repente me era posible otra vez disfrutar de todos sus cuartos y en cada uno de esos cuartos, hasta entonces cerrados para mí por su horror, hubiera podido permanecer durante todo el día por lo menos el tiempo suficiente para estudiar la finalidad de cada uno de esos distintos cuartos y, por tanto, poder disfrutarlos realmente, estuve en el cuarto de los libros y en el cuarto en que había guardado mis escritos científicos y siempre con la misma idea de poder existir otra vez de pronto en esta casa, de no tener que sufrir un miedo constante, cualquier miedo que fuera, me decidí repentinamente a salir y marcharme, me daba lo mismo en qué dirección y salí precipitadamente de la casa y fui por los prados húmedos y penetré en el bosque, pero en una disposición de ánimo totalmente distinta de la de la mañana, no con miedo y espanto, sino con confianza. En realidad, había sobrevenido una importante calma en todo mi ánimo y una claridad en mi mente, regalos en los que no hubiera podido ni pensar veinticuatro horas antes, y anduve y anduve y di una y otra vez rodeos para poder existir si fuera posible mucho tiempo en ese estado de estar libre, liberado de mi horrible enfermedad y en condiciones de poder existir sin ese angustioso estado de certidumbre de estar enfermo de modo incurable. Esa noche anduve por los prados y a través de los bosques, hasta llegar al agotamiento total, y vi de pronto con otros ojos todo lo que había en esos prados y en esos bosques, de pronto no destrozaban, no aniquilaban ya nada en mí, y hasta las personas con que, aunque las rehuyera, tenía que encontrarme no me hicieron una impresión tan terrible como sólo el día anterior. Mi existencia parecía ser otra vez posible. Aunque sabía que ese estado de nueva posibilidad de existir tampoco duraría mucho, de momento no me preocupaba. Esa cabeza súbitamente ligera y esos miembros súbitamente también ligeros, esa independencia total de todo dolor y, sobre todo, de todas las humillaciones imaginables de esta tierra me habían hecho sencillamente feliz y no me sentía en absoluto obligado a pensar *en mí*. En ese estado de ánimo, no estuve hacia la noche en mi casa, sino que fui a la de Moritz, llamé, la Señora Moritz me abrió en seguida y pude pasar al cuarto de los archivadores e instalarme en mi rincón. Moritz no estaba en casa, pero pronto estaría de vuelta, eso dijo la Moritz y yo, dejado solo por la Moritz, que siempre tenía trabajo en la casa, tuve tiempo para contemplar con calma todo lo que podía ver desde mi asiento del rincón, con la calma que es necesaria incluso para los objetos totalmente corrientes que hay en un cuarto y que durante tanto tiempo no había tenido. Me pude entregar de forma totalmente *natural* a la contemplación de los objetos del cuarto de los archivadores de Moritz, sin verme oprimido y ahogado por ellos, para lo que, en el fondo, no están hechos, pero de lo que esos objetos, sobre todo en el cuarto de los archivadores de Moritz, habían sido siempre capaces, pues muy a menudo, y casi siempre en mis estados morbosos, había tenido, precisamente en ese cuarto, la sensación de que los objetos que en él había me oprimían y ahogaban, ahora podía contemplarlos con calma y, en mi contemplación, ellos me dejaban tranquilo. Ningún pensamiento me impedía contemplar esos

objetos, cajas, sillón, mesa, escritorio, etcétera de forma que todos esos objetos me parecieran *naturales*, nada horribles, como me habían parecido la mayoría de las veces, lo mismo que la mayor parte del tiempo todos los objetos me parecen como si me oprimieran y ahogaran. Durante esa contemplación y mientras oía desde abajo los ruidos del trabajo de la Moritz, había devuelto todos esos objetos del cuarto de los ordenadores de Moritz a su función natural, cajas, sillón, mesa, escritorio a su verdadera función, y no había dejado que me golpearan en la cabeza ni me amedrentasen. Cuántas cosas había podido ver en ese cuarto de los archivadores, en ese cuarto de los archivadores para mí nada más que tristemente célebre, cuando miraba en él a mi alrededor, toda la desvergüenza y la atrocidad del mundo. Ahora, sin embargo, había logrado mirar todo el cuarto de los archivadores como es, un cuarto agradable, muy agradable, amable, exactamente apropiado para los trabajos de oficina de Moritz, que tenía dos grandes ventanas abiertas que daban a poniente y, por tanto, estaba siempre bien ventilado y, por tanto, tenía casi siempre luz. El mobiliario en sí podría discutirse, pero no tengo derecho, precisamente en un momento en que me siento en él, a poner en tela de juicio el gusto de Moritz en lo que al cuarto de los archivadores se refiere, pensé. Y entonces tuve ante mí toda la escena del día anterior: Moritz con sus zapatillas de fieltro, el Suizo con su traje gris de confección, la Persa, aunque en el cuarto de los archivadores había hecho en realidad un agradable calor, con su abrigo de piel de cuello subido, presumiblemente era un abrigo de piel de cordero de su país natal. Realmente me vi a mí mismo entonces sentado en el rincón, como si me contemplara a mí mismo desde la parte del cuarto situada frente a mi rincón, silencioso por supuesto mientras los otros hablaban, completamente agotado por mis estallidos y ataques de enfermedad, también, durante muchísimo tiempo, incapaz de pronunciar una sola frase coherente, sólo de vez en cuando una palabra, alguna pequeña observación de asentimiento a alguna pregunta que Moritz me había formulado directamente, pero nada más, sólo una sensación de agotamiento total. Eso había ocurrido el día anterior. Ahora en el cuarto de los archivadores no estaban esas personas y, sentado en mi rincón, me las imaginaba cuando quería dentro del cuarto de los archivadores o las hacía desaparecer, según, me gustaba ese ir y venir y lo practiqué hasta que Moritz entró en la casa, lo oí ya en el recibimiento, siempre hablaba fuerte y claramente cuando, al entrar en el recibimiento, se despojaba de su sobretodo de invierno y preguntaba qué había para cenar. La Moritz le había dicho en seguida que yo estaba allí y en el cuarto de los archivadores. Sin andarse con rodeos, Moritz estuvo en el tiempo más breve en el cuarto de los archivadores. Abrió una botella de vino y se sentó frente a mí. Qué distinta era la situación actual en comparación con la existente sólo veinticuatro horas antes. Con toda calma, yo quería saber ahora de Moritz más detalles sobre los Suizos, cómo los había conocido y, naturalmente también, por qué nunca me había hablado de ellos que, sin duda alguna, me interesarían más que todos los otros, no los había mencionado siquiera cuando la verdad es que me hablaba siempre de todas las

personas interesantes que recibía. Él me hizo ver ahora que, desde hacía más de tres meses, yo no había ido por su casa y, por esa razón, no había podido decirme nada de los Suizos. A mí no me había parecido tan largo el tiempo en que no había ido a casa de Moritz, pero él tenía razón. El que yo me hubiese encerrado durante tres meses y, en esos tres meses, no hubiera salido de casa, en cualquier caso no de mi terreno, me espantó. También el que, realmente, durante tres meses no hubiera hablado ya con nadie, me había parecido espantosamente largo, pero no tres meses, pero tenía que haberme llamado la atención la forma en que la dueña de la fonda había reaccionado en el momento en que entré en la fonda para recoger a la Persa. ¿No había dicho ella que creía que me había muerto? Eso dicen los que lo ven a uno repentinamente después de no haberlo visto a uno durante mucho más tiempo del normal. Ella había dicho que había creído que me había muerto, pero eso lo había oído yo y, sin embargo, *no* oído. Durante tres meses, realmente, no había salido de casa y había vivido de mis provisiones. Durante tres meses había vivido lleno de angustia en mi casa, eso naturalmente había llamado la atención y por eso las gentes me miraban, cuando por primera vez me habían visto otra vez fuera de casa, de una forma tan rara. Todos me habían mirado de una forma más rara que nunca. Para ellos yo era ahora, después de haber vivido durante tres meses, por decirlo así, en autoencierro, mucho más siniestro que antes y reaccionaban también así cuando me encontraban. Al llegar yo al pueblo para encontrarme con la Persa, me habían mirado como nunca me habían mirado hasta entonces, todavía con mayor desconfianza, con mayor recelo. Pero no tenía que dejarme desconcertar. Le dije a Moritz que, antes de que él llegara, me había entregado por completo a la contemplación de su cuarto de trabajo, del cuarto de los archivadores, *con completa tranquilidad*, dije, *totalmente tranquilo, sin la menor excitación*. Él me contó su viaje a Kirchdorf, que le había ocupado toda la tarde pero en el que había conocido muchas cosas nuevas. Nuevos terrenos, nuevas personas. En Kirchdorf mismo había comprado una vieja carabina del año cuarenta y dos por una suma ridícula, lo que lo alegraba. Salió y trajo la carabina y la levantó y pareció que iba a disparar por la ventana. Sin embargo, la bajó y desmontó y me explicó su funcionamiento y la puso en el rincón. Precisamente esa situación hubiera podido inducirlo a contar alguna de sus anécdotas de guerra, que yo no podía soportar ya, pero no lo hizo, probablemente estaba demasiado cansado para ello. Las gentes de esta comarca, dijo, eran absolutamente las más abyectas que conocía, lo obligaban a uno a pagarles con la misma abyección cuando venían a uno, en toda ocasión. En el fondo, no merecían más que ser explotadas y engañadas. Ante ellas uno olvidaba siempre que se trataba sólo de seres humanos. Viajes como éstos, en los que siempre conocía nuevos ejemplos de la bajeza y la abyección humanas y en los que yo mismo había participado anteriormente muy a menudo, aunque sólo fuera para salir de mi trabajo y de mi casa, de mi calabozo laboral y existencial, pero también, como él, para conocer siempre nuevas personas y nuevos personajes y nuevas atrocidades y monstruosidades, lo agotaban y relajaban a un tiempo. Hace ya mucho que no he

participado en esos viajes, pienso, de esa forma he aprendido a conocer todo el país hasta en sus últimos recovecos, a todas esas personas y sus circunstancias. Y nunca en mi vida he aprendido más de los hombres que en esos viajes de información con Moritz, cuya vida era y sigue siendo todavía hoy negociar en terrenos, en inmuebles de todas clases, rastrear vendedores y compradores y hacer negocios con ellos. Y siempre hacía buenos negocios. Y sólo rara vez se había dejado arrastrar a algún engaño grande o pequeño, aunque nunca delictivo. Moritz es una de las personas de más carácter que he conocido en mi vida, aunque en todas partes y siempre se ha dicho y se sigue diciendo lo contrario y nada más que lo contrario. Nadie lo había conocido ni comprendido nunca mejor que yo. Precisamente porque era despreciado por todos y, a decir verdad, incluso odiado, me había sentido atraído hacia él, por los despreciados y odiados había tenido siempre la predilección como acceso. Él no hacía sus negocios de otra forma que los otros los suyos, y compraba y vendía y compra y vende terrenos e inmuebles lo mismo que los trabajadores hacen su trabajo y los campesinos cultivan sus prados y campos. Y lo mismo que dice la misa el párroco. Sólo que con un poco más de entendimiento y un poco más de alegría. El que al hacerlo gane más que los otros con su trabajo y con sus negocios se debe a la naturaleza de su profesión. Se lo envidiaban todo y lo perseguían día y noche con su envidia. Por ello, todos juntos me parecían repulsivos y bajos. Maldecían de él y maldecían de su mujer y de su madre y de su hijo. La palabra *corredor* le era aplicada por todos de la forma más rastrera. Sin embargo, no tenían reparos en hacer negocios con él y a menudo estaban dispuestos a hacerlos tan sucios que él tenía que rechazarlos, porque le resultaban demasiado sucios. Sólo cuando querían hacer negocios, campesinos, trabajadores, simplemente poseedores de inmuebles, se mostraban en toda su abyección. Tan abyecto como ellos no lo había sido él nunca. Su origen era de lo más sencillo. No lo negaba y no se permitía ningún lujo. Para esto, sus negocios tampoco eran suficientemente importantes. No conozco a nadie que cuide mejor de su familia que él. El que les vendiera a los Suizos el prado húmedo y frío y, la mayor parte del día, oscuro, como terreno para su vejez, quién podría reprochárselo cuando durante tantos años había esperado un comprador para ese prado y durante años había llevado a cientos y más de personas interesadas a través del cementerio y a través del bosque hasta el prado, sin resultado. Su ganancia en ese negocio se justifica. Los Suizos no tenían por qué haber pagado tanto por el prado, pero querían hacerlo. Habían buscado ese prado, habían sido víctimas de ese prado. Respondiendo a mi pregunta, Moritz había dicho que los Suizos habían *reaccionado* a un anuncio en el *Neue Zürcher Zeitung* y, a finales de agosto, habían venido directamente desde Suiza, y que, inmediatamente después de haberlos recogido en la estación, había ido con ellos a través del cementerio y a través del bosque hasta el prado y ellos habían comprado el prado inmediatamente. Ni un cuarto de hora habían tardado en dar su consentimiento, eso le había recordado a él, Moritz, enseguida, la compra de mi propio terreno, porque yo también había comprado la

ruina y el terreno en que la ruina se alzaba en diez minutos. Los Suizos habían echado sólo una ojeada al prado y habían dado su consentimiento, y entonces él había ido con los Suizos a la fonda para redactar el contrato de compraventa. Entretanto, él, Moritz, no había dejado de señalar a los Suizos todos los inconvenientes del prado como terreno. Sin embargo, los Suizos no se habían dejado disuadir ya de su decisión de comprar el prado. Él, Moritz, se había complacido incluso en mencionar más defectos e inconvenientes, en relación con el prado, de los que el prado tenía realmente, pero en vano. El prado había pasado a ser propiedad de los Suizos, como era habitual en sus tratos de venta, Moritz había alojado primero gratuitamente a los Suizos en la fonda y luego los había invitado aún a cenar. Nadie cocina tan bien como la Moritz. Los Suizos, durante toda la noche en que los conocí, se habían hecho lenguas una y otra vez de la cocina de casa de Moritz, como puedo recordar. Sobre el precio de compra no había habido discusión, según Moritz. Aunque los suizos son precisamente conocidos porque nunca pagan el precio que se les pide, éstos habían pagado sin discutir. A él, Moritz, nunca le había ocurrido antes que unos compradores estuvieran completamente entusiasmados por una compra sin duda alguna mala, al menos para sus criterios. Inmediatamente después de cerrar el trato con los Suizos, dijo Moritz, había querido comunicármelo, pero había encontrado mi puerta cerrada. No había querido ser importuno, no había querido molestarme. El que durante tanto tiempo, es decir, tres meses, no hubiera aparecido por su casa, lo había atribuido él a un malentendido entre yo y él que no había podido explicarse. Algún día yo volvería, había pensado, dijo. Sin embargo, no podía hablarse de malentendido: yo me había retirado y encerrado simplemente para estar solo con mi abatimiento y con mis depresiones cada vez más fuertes, para estar solo con mi enfermedad. El que ese estado hubiera durado tres meses, si no más, me resultaba ahora otra vez un pensamiento terrible. Los Suizos me interesaban extraordinariamente, le dije a Moritz. Que tuvieran la intención de establecerse aquí lo consideraba como una ventaja extraordinariamente útil y me figuraba ya a los Suizos como vecinos ideales para hablar, no tanto el Suizo mismo como su compañera, la Persa. Lo que durante tantos años había echado aquí de menos lo tendría quizá muy pronto en los Suizos, unas personas con las que pudiera establecer un contacto intelectual. Le dije a Moritz que la Persa me interesaba como ninguna otra persona *en los últimos tiempos*, no dije *desde hacía años*, dije sólo, intencionadamente, *en los últimos tiempos*, su sensibilidad, su cultura indudablemente elevada. Durante todos estos largos años había echado aquí de menos, sobre todo, lo que se llama una persona de lengua extranjera. Y la distancia entre mi casa y la casa de los Suizos era exactamente la adecuada, no demasiado lejos, no demasiado cerca, me veía ya visitando regularmente a los Suizos. Con el Suizo sería probablemente muy posible un diálogo sobre *todo lo real y normal*, opiné, con su compañera siempre, sin duda, uno *filosófico*. Como sabía ya en ese momento, a la Suiza le interesaba la música, de la que parecía entender mucho. Ya en el primer encuentro con ella habían surgido

muchos conceptos y palabras significativas que lo indicaban, ella había citado a Schubert, pero sobre todo a Schumann, precisamente a mí me gustaba Schumann y precisamente me había dedicado muy intensamente a Schumann en los últimos años. Me gustaban las personas que, como la Persa, afirman, y por cierto en todo lo que dicen, aunque no lo digan, que no pueden existir sin la música. Y la filosofía no era desde luego para ella, que había estudiado filosofía, ninguna desconocida. A mí siempre me habían gustado las llamadas personas filósofas, no los verdaderos filósofos que me encontraba en la vida y que, todos, nada tenían que ver con los verdaderos filósofos, siempre me había sentido repelido por su filosofía de maestro de escuela y, por tanto, por su charlatanería filosófica. No es ésta época de filósofos, todos los que hoy se llaman así son en verdad sólo falsamente y de forma totalmente engañosa así llamados y nada más que rumiantes de filosofía brutos y antisensibles totalmente ordinarios, que viven todos publicando cientos y miles de pensamientos rancios de segunda y tercera y cuarta mano, en las salas de conferencias y en el mercado editorial. No hay filósofos actuales. Pero existe la persona filósofa, yo mismo me considero una de esas personas filósofas y probablemente también la Persa era una de esas personas filósofas. Pero, naturalmente, uno de esos filósofos es también sólo una persona que filosofa. Cuando llegue el momento, le dije a Moritz, de lo que no dudo, iniciaré muy pronto una conversación musical con los Suizos, por el contrario, la Persa iniciará conmigo una filosófica. Entonces las veladas, que en invierno empiezan ya a las cuatro, no serán tan largas. Originalmente, Moritz había querido llevar a los Suizos a un terreno totalmente distinto, pero en el camino hacia ese terreno habían llegado de pronto al prado y Moritz, sin la menor esperanza de poder venderles a los Suizos el prado, les había enseñado el prado y los Suizos, más exactamente el Suizo, se habían decidido en seguida por el prado y no había querido ver ya ningún otro terreno. Una cosa así, el que unos compradores compraran un terreno en resumidas cuentas evidentemente invendible según todo lo previsto y lo compraran en seguida, sin ver ningún otro terreno, no le había pasado nunca a él, Moritz. El Suizo le había hecho a Moritz en seguida una impresión de *comprador solvente*, su decisión de comprar el terreno la había tornado sin influencia alguna de Moritz; él, Moritz, por el contrario, se había manifestado ante el Suizo incluso en el sentido de si no sería mejor ver otro terreno, distinto, pero el Suizo había rehusado, siempre es ventajoso sin embargo, en una venta, tomar en consideración varias ofertas, pero no había sido posible disuadir al Suizo de su decisión, en definitiva Moritz se había *sometido* totalmente a la decisión del Suizo, según sus propias palabras, con las que expresó la forma en que había cedido ante el Suizo, el Suizo le había dicho además a él, Moritz, que él, el Suizo, y siempre con su compañera, había visto ya *cientos, si no miles de terrenos*, ésa fue al parecer la expresión que el Suizo utilizó con Moritz, pero ahora estaba harto de todas esas visitas de terrenos y había encontrado realmente el terreno ideal, y al parecer había incitado a Moritz a hacer los trámites oficiales lo más rápidamente posible, lo había invitado a volver

inmediatamente a través del bosque al lugar y a la fonda, para redactar el contrato de compraventa, a fin de que él pudiera firmarlo, con la firma de ese contrato habría terminado para él un largo período de búsqueda de un terreno que, desde hacía muchísimo tiempo, le atacaba los nervios, aunque a Moritz pudiera parecerle todavía tan rara, todavía tan sospechosa la forma de negociar de él, el Suizo, y por tanto, sumamente precipitada y en realidad desconcertantemente precipitada su decisión en relación con el terreno, o sea con el prado, no cambiaría su decisión, y los tres, sin medir a pasos el terreno, o sea, el prado de quizá tres mil o tres mil quinientos metros ni una sola vez, como es corrientísimo al comprar un terreno, se fueron, por cierto, según Moritz, la compañera del Suizo, porque tenía frío, había insistido en marcharse inmediatamente del prado y cerrar el trato, pero el consentimiento de la compañera del Suizo probablemente no habría sido necesario, según Moritz, el Suizo, según Moritz, habría comprado el prado también, sin duda, en contra de la voluntad de su acompañante, él, Moritz, tenía la impresión, lo mismo que había tenido entonces la impresión, de que la compañera del Suizo no tenía en éste ninguna influencia, aunque había sido y era claro que en otro tiempo, hacía sólo unos años, debía de haber tenido la máxima influencia sobre el Suizo. En verdad, todo lo que había en el Suizo, todo lo que el Suizo era, había sido, era sin duda, obra de su compañera, eso había pensado yo en seguida en mi primer contacto con los Suizos, que sobre todo toda la carrera profesional del Suizo como ingeniero y constructor de centrales eléctricas y, por tanto, sobre todo como celebridad era obra de la compañera del Suizo, las mujeres como la compañera del Suizo encuentran hombres como el Suizo y los convierten en una celebridad, ven lo que puede hacerse con hombres así, con todas las fatigas y artimañas posibles, y alcanzan su objetivo al hacer con sus esfuerzos de uno de esos hombres, en el fondo y por naturaleza, sin duda, más bien carentes de ambición, sí, en su forma de ser interna en realidad letárgicos, una celebridad, y no cejan en su objetivo nunca ni un minuto en tantos años, al forzarlos sencillamente, desde el momento mismo de su encuentro y reunión, a una carrera dura y fría. El Suizo, evidentemente, había sido forzado por la Persa que, en los años treinta, de joven estudiante, se había tropezado con él, a una carrera así, y el cálculo que la Persa se había hecho había salido bien, por lo menos en lo que a la carrera del Suizo se refería, porque sin lugar a dudas el Suizo era en su especialidad una eminencia, eso lo habían demostrado los Suizos desde el principio mismo, no sólo con sus propias manifestaciones, sino también mediante su deliberada presentación de todos los documentos, fotografías y etcéteras posibles que ilustraban esa carrera. Reyes y reinas y presidentes de Estado sólo estrechan, según me dijo Moritz, al inaugurar una de esas centrales eléctricas colosales, la mano de los hombres que han construido también esas centrales eléctricas y realmente, pienso, en la fisonomía del Suizo se veía ya todo lo que él y su compañera, la Persa, habían dicho en su primer encuentro conmigo. Tampoco había ninguna razón para desconfiar de lo que el Suizo y su compañera contaban y no creerlo, yo, continuamente y en compañía de personas,

cualesquiera que fueran, siempre al acecho de contradicciones, no había podido descubrir en los Suizos ninguna de esas contradicciones. Lo que el hombre, el Suizo, dice es auténtico, había pensado, y de la verdad de lo que su compañera había manifestado había estado igualmente convencido. De todas formas, Moritz no había salido ya de su asombro por la repentina aparición en su casa de esas personas famosas. El Suizo, según Moritz, había exclamado, al estar por primera vez en el prado tan precipitadamente comprado por él, *¡es el primer terreno que es mío!*, eso había causado una gran impresión en Moritz, que no podía imaginarse que hubiera realmente personas más o menos como los Suizos, evidentemente muy acomodadas, que en su vida ya bastante avanzada nunca hubieran sido poseedoras de un terreno. Como corredor de fincas, Moritz tenía que suponer siempre en cada caso que todo el que tiene aunque sólo sea alguna pretensión de aptitud social posee un terreno o, por lo menos, un inmueble equivalente a un terreno, una persona que no posee ningún inmueble era difícil de imaginar para Moritz y esas personas, en el fondo, no eran para él personas y por eso se había impuesto la tarea, como tarea de su vida por decirlo así, de hacer personas de esos pobres por todos los conceptos, desde su punto de vista, dignos de compasión, sin terrenos y sin inmuebles, que a sus ojos de corredor de fincas no eran personas, vendiéndoles terrenos e inmuebles o, por lo menos, intentando siempre venderles terrenos e inmuebles. El Suizo le había dicho a Moritz que, de docenas de anuncios que podían interesarlo, precisamente el que él, Moritz, había insertado en el *Neue Zürcher Zeitung* era el que había tenido más fuerza de atracción para él, el Suizo, eso había sido para Moritz motivo para sentir por el Suizo un respeto aún mayor. Según todas las apariencias, los Suizos habían supuesto que esta comarca era alegre, porque en todas partes y en el mundo entero se describe como alegre, y habían estado muy sorprendidos al encontrar una tan sombría. Pero ese descubrimiento sólo había reforzado su decisión de comprar el prado y establecerse aquí, precisamente en esta comarca sombría, precisamente ese carácter sombrío del paisaje los había afirmado aún, por el contrario, en su propósito. Los Suizos habían vivido durante decenios sobre todo en Asia y Sudamérica, donde el sol brilla casi sin interrupción en paisajes alegres, finalmente y en definitiva eso sólo les había producido hastío de esos paisajes y comarcas alegres, durante decenios, según le dijo el Suizo a Moritz, se habían abrasado al sol y suspiraban por un lugar fresco y umbrío. Eso era precisamente lo contrario de lo que buscaban siempre y exclusivamente todos los demás compradores de terrenos e inmuebles. Ya en el camino desde el pueblo a través del bosque le había parecido a Moritz que llevaba a los Suizos o, por lo menos, al Suizo a una Naturaleza que les era o, por lo menos, le era agradable. El Suizo había respirado profundamente en cuanto el bosque se había hecho oscuro y húmedo y sus pasos se habían vuelto entonces más rápidos, eso le había dado también a él, Moritz, la idea de enseñarle al Suizo sencillamente primero el prado húmedo, que anteriormente había enseñado ya cientos de veces, sin resultado. El Suizo había estado enseguida encantado con el bosque húmedo y frío y

no le había molestado que el camino del bosque pasase por el cementerio, según Moritz, él, Moritz, había ido lógicamente delante y les había abierto camino a los Suizos. Muy en contra del entusiasmo del Suizo, según Moritz, le había llamado la atención el silencio de su acompañante, de su compañera, que en el camino hacia el prado húmedo se había quedado siempre muy atrás y, en el fondo, había permanecido silenciosa, si no muda, durante toda la visita del prado, eso le había llamado especialmente la atención a Moritz, el que la Persa, a quien él, Moritz, había tomado también naturalmente por Suiza, le hubiera dado durante toda la visita una impresión de total indiferencia. Ella lo había observado todo desde una gran distancia, probablemente adecuada para sus pensamientos, y no había dicho palabra. Eso le había parecido curioso a Moritz, el que el Suizo, durante esa visita, hiciera lo que quisiera, sin preocuparse lo más mínimo, esa impresión había tenido Moritz, de su acompañante, no le había preguntado a ella nada ni una sola vez, ni tampoco le había hecho la pregunta decisiva de si debía comprar o no el terreno que Moritz y yo llamábamos siempre *el prado húmedo*. Sin embargo, el terreno, según pensaba Moritz, estaba destinado a los dos, por tanto era incomprensible que la decisión de comprar el prado la tomara sólo el Suizo. Después de que el Suizo, según Moritz, hubo comprado el prado con un apretón de manos, los tres habían vuelto totalmente mudos al pueblo y habían entrado en la fonda. Moritz no había podido decir nada, porque estaba todavía bajo la impresión del desarrollo, para él sumamente extraño, de la compra del terreno; los Suizos por otras razones, sólo conocidas por ellos. Sobre el precio de compra, según Moritz, no había habido la menor discusión, muy en contra de lo que esperaba Moritz que, teniendo en cuenta la forma de comportarse del Suizo, se había preparado para una larga discusión sobre el precio de compra. Había sido uno de esos días de agosto, siempre buenos para una venta, cuando los Suizos vinieron a ver a Moritz, Moritz conocía intuitivamente el tiempo favorable o desfavorable para sus negocios, el tiempo que hacía cuando los Suizos habían comprado el prado húmedo había sido un tiempo favorable para las ventas, un día, en función del tiempo, se vendía todo, otro no, igualmente en función del tiempo. Un buen negociante, según Moritz, tenía que tener siempre en cuenta también el estado del tiempo y preguntarse si ese estado del tiempo era favorable para un negocio que empezase o terminase. Pero muy pocos de los que hacían negocios tenían en cuenta esa condición decisiva y se comportaban en consecuencia. Moritz había tenido miedo antes de la aparición de los Suizos, dijo, ya que había creído que no podría ofrecerles nada aprovechable, porque todo el mundo está acostumbrado a que los suizos tengan las mayores pretensiones que cabe imaginar y los suizos son en cualquier caso, al comenzar cualquier trato, especialmente un trato de compraventa o incluso de compra de terrenos o de otros inmuebles, insensibles todos ellos a cualquier argumento. Iniciar negocios con suizos y tratar de ellos y finalmente, poder concluirlos era lo más difícil que podía hacer un negociante que no fuera suizo, según Moritz. Pero, aunque se había preparado para lo que llamó un duro clima de negociación y estaba

totalmente dispuesto, el negocio con los Suizos había sido en definitiva uno de los más fáciles que él, Moritz, había hecho jamás. A menudo ocurre que los hechos son completamente distintos de la idea que de un acontecimiento se ha hecho uno. Ya en cuanto los tres habían tomado asiento en la fonda y Moritz había comenzado a redactar el contrato de compraventa, el Suizo, según Moritz, se había sacado un plano del bolsillo del abrigo, que resultó ser el plano de la casa que el Suizo tenía la intención de construir en el terreno del prado que acababa de comprar, y Moritz decía ahora que tampoco eso le había ocurrido nunca antes, el que el comprador de un terreno, incluso antes de saber dónde estaría su casa, hubiera diseñado ya el plano de la casa, siempre había sido al revés, que primero se decide el terreno y sólo luego se diseña el plano del edificio que ha de construirse en ese terreno; el desconcierto de Moritz debió de ser enorme, al principio no había creído que el plano que el Suizo súbitamente, mientras Moritz preparaba el contrato de compraventa, se había sacado del bolsillo del abrigo fuera precisamente el plano de la casa que debía levantarse en el terreno del prado comprado sólo media hora antes, pero el Suizo lo había convencido en seguida de la exactitud de lo que afirmaba y Moritz no había creído, al extender el plano sobre la mesa y comenzar a explicar detalles de ese plano. Él, el Suizo, había diseñado ese plano ya tres años antes y, por cierto, en Sudamérica, más exactamente en un pequeño pueblo de las proximidades de Caracas, la capital de Venezuela, dijo, y llevaba consigo ese plano ya desde hacía tres años, el plano, probablemente de tanto sacarlo y meterlo del bolsillo del abrigo, estaba muy estropeado, según Moritz. En Caracas, según Moritz, el Suizo había tomado su decisión de establecerse *en Austria, no en Suiza*, como había subrayado ante Moritz expresamente, Moritz opinaba que por razones fiscales. A petición de la compañera del Suizo, la dueña de la fonda, al principio de mala gana pero luego muy amable, había encendido la estufa, porque la sala estaba fría y poco acogedora, como ocurre ya tan a menudo a finales de agosto, en esa ocasión, también a él, Moritz, le había llamado la atención la gran sensibilidad al frío de la Persa, porque la mujer, para lo que en condiciones normales no hubiera habido ningún motivo, durante todo el tiempo y ya cuando había aparecido, había tenido puesto su abrigo de piel de cordero y el cuello del abrigo de piel de cordero subido, lo que había hecho que Moritz le preguntara si estaba resfriada, lo que ella, sin embargo, negó. Para esas mujeres que pasan casi toda su vida en países cálidos nuestro clima es siempre demasiado frío y también Moritz había tenido la impresión, ya desde el principio mismo, de que la compañera del Suizo padecía la idea ininterrumpida de que se iba a enfriar. Al Suizo nuestro clima no le preocupaba lo más mínimo, parecía sanísimo lo que, sin embargo, resultó también pronto un error, porque el Suizo estaba gravemente enfermo de la vesícula y los riñones y, como muchos de sus colegas de profesión o simplemente de negocios, tenía también los pulmones afectados por el fumar. A Moritz le había desconcertado la precisión con que el Suizo había diseñado su casa, ese plano no se diferenciaba sólo de otros planos de casas aquí normales por sus rarezas claramente

atrevidas, se había caracterizado también por *la mayor precisión posible*. Cada línea y cada rótulo y cifra en él eran la prueba de que ese plano había sido diseñado por una mente suiza y, por cierto, totalmente suiza. Era evidente enseguida que lo dibujado en ese plano era sólo un plano dibujado por un hombre que sentía y pensaba con sentimientos y pensamientos sumamente obstinados y totalmente egoístas. No había la menor huella de una influencia femenina. A la observación de Moritz de si no se encontraba la cocina en una situación poco favorable, concretamente que él, Moritz, se imaginaba desde ahora el terreno en que debía levantarse la casa y por tanto, en su opinión, la ventana de la cocina debía dar al bosque, el Suizo se limitó a reírse y dijo que ese plano había sido *meditado por él a fondo durante tres años una y otra vez* y todo lo que había en ese plano *respondía* a las necesidades de él, no había dicho que respondía a las de ellos, o sea a las de él y su compañera, había dicho que respondía a las necesidades de él, lo que incluso a Moritz le había llamado la atención como especialmente falta de consideración. El Suizo había hablado siempre únicamente de que *él* había comprado el terreno, no de que *los dos*, o sea *él y su compañera* habían comprado el terreno. Después de que su anuncio en el *Neue Zürcher Zeitung*, de forma totalmente inesperada, había tenido tanto éxito, él, Moritz, había decidido insertar otros anuncios en el *Neue Zürcher Zeitung*, después de haber estado ya firmemente decidido a no insertar ningún anuncio más en el *Neue Zürcher Zeitung*, porque durante todo un año sus anuncios en ese periódico no habían tenido el menor éxito y, ahora, el último anuncio en el *Neue Zürcher Zeitung* le había reportado un gran éxito. Había vendido el prado húmedo que, durante más de un decenio, había sido invendible. Durante la redacción del contrato de compraventa, Moritz había pensado en la verdadera relación entre los Suizos, a quienes, lógicamente, había tomado al principio por matrimonio, lo que sin embargo, dijo, había sido pronto rectificado por los propios Suizos, el Suizo había utilizado la palabra *compañera* al hablar con Moritz. Él, el Suizo, quería volver ya la noche siguiente a Suiza, le había dicho a Moritz, a fin de hacer allí los principales preparativos para comenzar la construcción y hacer investigaciones sobre los materiales de construcción más convenientes, porque el Suizo había expresado en seguida ante Moritz dudas sobre la calidad de los materiales austriacos y se había pronunciado también desfavorablemente en relación con el costo de esos materiales en Austria, el problema era sólo cómo transportar los materiales desde Suiza hasta Austria por la frontera, sobre todo el eludir la aduana tan hábil y discretamente que uno se ahorrara costos inmensos, para Moritz sorprendentemente altos, como calculó el Suizo ante él sobre la mesa en nada de tiempo. En esa y para esa construcción todo debía ser de lo mejor y lo más caro, pero él, el Suizo, no había pagado nunca por nada, dijo, el precio más alto. A Moritz le pidió el Suizo que pensara cómo él, el Suizo, podría encontrar los trabajadores mejores y más baratos y Moritz le había prometido inmediatamente, al parecer, los trabajadores ideales, concretamente los llamados repatriados, con los que él siempre había trabajado. Eso le fue también enseguida evidente al Suizo, el que los

llamados repatriados son trabajadores buenos y baratos. El Suizo, natural de Zug, criado en Berna, donde había estudiado en la escuela de ingeniería de la ciudad, no sólo se había sentido encantado sino, según Moritz, fascinado enseguida por el hecho de que su terreno recién comprado mostrase una pendiente muy pronunciada, precisamente la circunstancia que siempre había sido la causa de su invendibilidad. Él, Moritz, le había señalado también al Suizo el alto grado de humedad del terreno, lo que, sin embargo, al tan sinceramente ilustrado por Moritz no le había molestado lo más mínimo. En invierno, le había hecho saber además Moritz al Suizo, en ocasiones no era ya posible llegar al terreno, y quitar la nieve era imposible entonces. Tampoco esa advertencia había afectado, al parecer, al Suizo. Tampoco estaba al alcance de cualquiera llegar al terreno a través del bosque frío y casi siempre sombrío, le dijo Moritz al Suizo, según Moritz. Ellos, los Suizos, tendrían que provisionarse de víveres quisieran o no, probablemente para semanas, porque, en ocasiones, no podrían en mucho tiempo salir de su casa e ir al pueblo. El Suizo, según Moritz, no se había dejado impresionar. La propuesta de Moritz de que el Suizo, de acuerdo con el propietario del bosque y por medio de un contrato de arrendamiento vitalicio con él, por ejemplo, se construyera un acceso como es debido a través del bosque, fue rechazada, según Moritz, por el Suizo. Le bastaban las condiciones existentes de momento, no pensaba construirse un acceso, había dicho. En invierno, sin embargo, todo lo que rodeaba su terreno no era más que un pantano, le había dicho Moritz al Suizo. Tampoco eso le había causado ninguna impresión al Suizo. Durante todo ese tiempo, su compañera había permanecido sentada a la mesa, totalmente muda, bebiendo té y fumando cigarrillos, siempre con el abrigo de piel de cordero puesto, como arrebutada en ese abrigo de piel de cordero, según Moritz, y había mirado ininterrumpidamente al tablero de la mesa y, concretamente, sólo a un punto del tablero de la mesa. Moritz tiene una letra regular y sencilla, por lo que los contratos de compraventa escritos por él resultan limpios y producen un agradable efecto de confianza, eso le había dicho el Suizo a él, Moritz, después de haber leído una vez el contrato de compraventa escrito lenta y cuidadosamente por Moritz, según Moritz, a quien lógicamente había llamado la atención el que el Suizo le hubiese hecho un cumplido por su letra pero, por lo demás, no hubiese dicho nada sobre el contenido del contrato de compraventa. Moritz no había podido creer que el Suizo hubiera puesto entonces realmente su firma en el contrato de compraventa, dijo. Esos negocios sin dificultades, dijo Moritz, no se los tropezaba todos los años. El día siguiente mismo, el Suizo le había puesto a Moritz sobre la mesa el importe entero de la compra. Los suizos, como sé por experiencia propia, pagan sobre todo y en casi todos los casos al contado y, en lo posible, evitan la intervención de un banco. El Suizo había vuelto realmente a Suiza la noche siguiente, dijo, dejando a su compañera en la fonda. Él, Moritz, como había pensado que no podía dejarla sola en las circunstancias totalmente nuevas para ella y, en cualquier caso, irritantes del lugar y especialmente de la fonda, la había invitado varios días seguidos a cenar, dijo, lo

que a ella le había parecido muy bien y había sido para los Moritz un cambio bien recibido, porque la Persa les había contado cada noche tantas y tan interesantes cosas de su vida y, por tanto, también de su vida con el Suizo, que no se habían aburrido un solo momento y él, Moritz, había tratado realmente varias veces de ponerse en contacto conmigo, pero había sido totalmente imposible ponerse en contacto conmigo, encerrado en mi casa, en mi *celda de trabajo*, como me citaba Moritz, yo no había dejado entrar a nadie en esa celda de trabajo, nunca había abierto una ventana cuando él, Moritz, había llamado a la puerta, lo que le había confirmado cada vez más en su suposición de que yo, por algún enfado inexplicable para él, no quería verlo. Yo, como la persona más abierta, sí, más ansiosa por oír esos relatos y narraciones, dijo Moritz de mí, no me hubiera cansado nunca de oír los relatos y narraciones de la Persa, que sólo habían comenzado después de que el Suizo se hubo marchado, de eso estaba él seguro. Él, Moritz, había comunicado también a la Persa mi existencia y ella se había mostrado inmediatamente muy curiosa, pero él no le había dicho sobre mí, al parecer, nada más que lo más necesario para complacerla, que yo era amigo de él, que hacía diez o doce años había llegado por primera vez a esta comarca, como ella, y le había comprado a él un terreno con una ruina y que me dedicaba a estudios científicos. Ella tenía que conocerme sin falta, le había dicho a ella, él me esperaba todos los días, porque la costumbre de su amigo, eso había dicho Moritz de mí, era venir casi a diario y pasar la velada en su casa. En períodos de trabajo intenso no venía, le había dicho Moritz a ella. Probablemente, yo atravesaba entonces uno de esos períodos y por esa razón no venía. Él había hecho, al parecer, que la Persa sintiera curiosidad por mí. Pero hicieron falta tres meses para que yo conociera a la Persa de la forma que ya he contado. Ahora me interesaba saber por Moritz muchas cosas sobre los Suizos y, especialmente, sobre la Persa, recibir información desde el momento de su aparición y, por tanto, desde el momento en que compraron el terreno, hasta el momento en que yo los había conocido; hasta tal punto me había impresionado mi encuentro del día anterior con los Suizos que no podía dejar de averiguar por él todo lo posible sobre los Suizos, incluso lo que para él, Moritz, quizá fuera de lo más secundario. La Persa, había sabido yo poco a poco por Moritz, procedía de una familia distinguida, perteneciente a la clase absolutamente más alta del Irán, pronto había sido educada, primero en Ispahán, luego en Inglaterra y finalmente enviada a la Universidad de París. Su interés por la música la había llevado, lo que ya en su primer encuentro con Moritz le había confiado a éste, a pasar ya a los dieciocho años varios meses en Viena, que desde entonces, sin embargo, no había vuelto a ver. El Suizo, que después de estudiar en Berna estudiaba también en París en una escuela superior técnica, había iniciado con ella, tras un conocimiento sólo breve, una relación estrecha y, en definitiva, duradera. Los dos se habían ido un día a vivir juntos, en contra de la voluntad de los padres de ella, y la Persa, por su amante y la carrera de su amante, había renunciado a su propia carrera, lo que quería decir que había renunciado por el Suizo a sus estudios de filosofía. Hasta dónde había

llegado en esos estudios no lo sé tampoco hoy, pero eso es accesorio. Ella tenía sólo diecinueve años y, en el verdadero sentido de la palabra, se había entregado y no se había dedicado más que al desarrollo y el progreso profesional de su compañero, no había vivido más que para la ascensión del Suizo como arquitecto y, finalmente, como ingeniero especializado en la construcción de centrales eléctricas. Su propia ambición, orientada a la carrera necesaria y exclusivamente extraordinaria de su compañero, se le había metido en la cabeza y había subordinado totalmente su existencia a la existencia del Suizo. Sabido es que mujeres como la Persa pueden renunciar a todo por la carrera de un hombre como el Suizo, y la Persa había renunciado realmente a todo por su compañero, probablemente de la noche a la mañana, y en verdad había renunciado instantáneamente a desarrollar su propio y asombroso talento. Para las personas asiáticas del sexo femenino es natural subordinarse y sacrificarse totalmente y de la forma más ilimitada a lo masculino. Ese sacrificio garantizaba *un sentido a su vida*. Los dos se habían encontrado en una edad ideal para una unión así, ella tenía diecinueve años, él diez años más, y se habían asignado en seguida la tarea de sus vidas, arriesgarlo todo inmediatamente para desarrollar el talento del Suizo tanto como fuera posible e impulsar su carrera tanto como fuera posible. A mujeres como la Persa no se les escapa el talento de un hombre así, susceptible de ser impulsado hasta las alturas de la fama mundial y que él, por su propia iniciativa, nunca hubiera llevado tan lejos. Hombres como el Suizo se quedan normalmente durante toda su vida con los pies en el suelo y no alcanzan más que una medianía aburrida y poco interesante si no encuentran mujeres como la Persa. El Suizo había visto probablemente en seguida en la Persa la oportunidad única de su vida y se había puesto a la disposición de la ambición de carrera de la Persa de la forma más voluntaria, como debía de haber creído él, del increíble experimento de ella con las facultades de él. El talento y la inteligencia de él habían respondido probablemente de forma ideal a las intenciones de ella y el experimento había podido comenzar ya en París sin la menor demora. Es posible que, precisamente por todas esas razones de carrera, hicieran un pacto entre ellos de no casarse, un casamiento, en determinadas circunstancias, hubiera podido hacer fracasar su plan y probablemente, al menos en un principio, la intención, posiblemente hasta el juramento de no casarse procediera de ella, eso es sumamente probable teniendo en cuenta el refinamiento y la alta condición intelectual de la Persa. Así, sin casarse, habían podido concentrarse juntos y al mismo tiempo independientes en la tarea de sus vidas, en el verdadero objeto de sus vidas, con mucho, mayores posibilidades de desarrollo desde el principio. A todo esto se había añadido, como el mayor estímulo para esa unión, el origen radicalmente distinto de los dos en lo que a raza y medio social se refiere. Habían debido de sentirse lógicamente, por lo menos en los primeros tiempos, como el complemento ideal. Del Suizo podía decir Moritz que su padre había tenido un pequeño comercio en Zug en el que, como ocurre en nuestros almacenes austriacos, se podía comprar todo lo que hacía falta para la vida diaria, lo que a él, Moritz, le

recordaba que también su padre había tenido un pequeño comercio y que el propio Moritz había comenzado como aprendiz de comercio, como dependiente y, finalmente, como pequeño comerciante. A lo que se llama negocios inmobiliarios había llegado relativamente tarde y sólo a finales de los años cincuenta. Desde la ciudad de Linz, la más repulsiva y totalmente odiosa ciudad austriaca, de donde era natural, se había retirado al campo y había querido abrir en el campo un comercio y, para ello, se había afincado en esta comarca. Sin embargo, como en la compra del terreno que había buscado había invertido todo su dinero, había tenido que vender de nuevo una pequeña parte de ese terreno y, con gran asombro por su parte, había recibido tanto dinero por la pequeña parte de su terreno como había dado originalmente por el terreno entero; de esa forma, como sin querer, había adquirido la afición a comerciar con inmuebles y se había dedicado en seguida totalmente a ese negocio. El Suizo es un ejemplo de cómo alguien que procede de modestas, de las más modestas condiciones (Zug), al encontrar en el momento decisivo, decisivo para su vida, a la persona hecha exactamente para él y para su talento, puede ser dirigido y conducido entonces por esa persona decisiva para él en todos los aspectos a las mayores alturas. El Suizo no era, pues, uno de éstos cuyo gran talento, por no ser recogido y debidamente empuñado por una de esas personas decisivas como la Persa, se marchita. ¡Si no supiéramos cuántos millones de talentos extraordinarios tienen que marchitarse cada día en todo el mundo porque no son recogidos y empuñados y desarrollados y finalmente llevados hasta las mayores alturas! El Suizo era precisamente uno de esos que, por naturaleza, en lo que a su talento se refiere, no saben andar solos, a diferencia de los que sólo saben andar solos y sólo pueden desarrollar solos su talento y llevarlo hasta las mayores alturas. Pertenecía a esos que, por sí solos y, por tanto, solos no pueden hacer nada de su talento o de sus talentos, porque era una persona débil, a diferencia de los fuertes que sólo solos y siempre totalmente solos pueden desarrollar su talento y llevarlo a las mayores alturas. En ese sentido, para el Suizo había sido una gran suerte haber encontrado a la Persa, con su fuerza de voluntad realmente superdesarrollada. Ella, sin embargo, no sólo le había allanado el camino y luego todos los caminos interior, sino también exteriormente. Ella no sólo había conseguido desde niña cuanto quería, también había tenido siempre acceso a las capas sociales que deciden y, por tanto, a los que marcan el tono y los poderosos. Si las cualidades de él, el Suizo, se desarrollaban suficientemente, él no tendría que inquietarse por los correspondientes encargos importantes. Pero ella no le perdonaba nada, lo mismo que tampoco él, con el tiempo, se perdonaba nada, porque había comprendido totalmente de qué se trataba. La existencia de los dos, desde el momento en que habían tenido claro ante los ojos el objetivo de ella, concretamente el conseguir el más alto nivel profesional para él, no podía ser más que una existencia tensa siempre hasta el límite extremo de sus posibilidades y no orientada nada más que a ese, de repente para ella, único objetivo. Cualquier otra cosa no había tenido para ellos desde entonces lugar alguno. Hasta el momento en

que habían aparecido aquí, habían vivido más de cuatro decenios juntos y en esos cuatro decenios habían construido cuatro grandes centrales, o sea una central por decenio. Recordé, como dije sentado frente a Moritz, las fotografías que el Suizo había mostrado cuando los encontré por primera vez, en las que aparecía el Suizo estrechando la mano de la reina de Inglaterra, del presidente de los Estados Unidos, del sha de Persia y del rey de España. Falta una fotografía aún, le había dicho yo a Moritz, en la que el Suizo estreche la mano del presidente de Venezuela. Un día, bromeé, el Suizo nos enseñará esa fotografía en la que, por última vez, estrechará una de esas *nobles manos*. Yo había tenido la esperanza de que la Persa vendría hacia la noche a casa de Moritz, pero esperé en vano. Aunque el Suizo se había marchado durante la noche una vez más a Suiza, como acababa de saber ahora por Moritz, la Persa no fue a casa de Moritz. En el fondo me venía bien, porque quería, cuando la encontrase la próxima vez, encontrarla sola. Le había anunciado a ella que la recogería para dar un segundo paseo por el bosque de alerces. Pero no había tenido valor ni, sencillamente, tampoco fuerzas para hacerlo aún esa noche. Suponía que tampoco a ella le hubiese venido bien, por qué, no lo sé. Me había despedido de Moritz con palabras breves y me dirigí a casa a través del bosque. El resultado de mi visita a Moritz había sido más que instructivo, había sabido muchas cosas de los Suizos. Era ya más de medianoche y todavía seguía pensando en lo que me había contado Moritz. Todavía al dormirme había pensado, ahora tengo de repente en los Suizos a unas personas en la comarca con las que es posible tener un trato más estimulante y no sólo todos los días y el año entero y todo el tiempo más ordinario y cada vez más embrutecedor. En el contacto con la Persa tenía puestas mis mayores esperanzas. Eso era a finales de octubre, la estación del año en que, por naturaleza, me veo forzado al más alto grado de dificultad para existir. Este año no podía confiar en verme libre de mis depresiones que, con toda la violencia de sus causas, aumentaban sobre todo por las tardes hasta el límite de mi capacidad de aguante, sólo los Suizos me habían salvado este año de esas depresiones, pero en muchos años anteriores no me había visto libre de esas depresiones, perduraban y, por la decadencia de la Naturaleza, seguían actuando hasta diciembre. Pero quizá precisamente porque esas depresiones habían sido este año tanto más fuertes y despiadadas que el pasado año, y porque, con seguridad, esas depresiones me hubieran matado, habían aparecido los Suizos. Ese pensamiento es, ciertamente, absurdo. Por otra parte, como sé ya con seguridad en el curso de mi vida, precisamente los pensamientos absurdos son los más claros y los más absurdos los más importantes. Yo había pensado que, al retirarme de mis estudios científicos y recordar de nuevo mi gran afición a la música y ocuparme, desde finales de verano, de Schumann, podría escapar a mi enfermedad, lo que se había revelado un error. La música no tenía este año en mi mente y en todo mi ser el efecto que tenía en años anteriores, siempre había sido la música la que me había salvado de un hundimiento seguro y de la aniquilación, pero ese medio de salvación no surtía efecto este año. Yo,

así me veo ahora de nuevo con claridad, con todas las fuerzas de que disponía y con las partituras de Schumann, había entrado en el por mí llamado *cuarto de las manías* de mi casa, situado junto al cuarto de los libros y el más frío, y había intentado enfrentarme de nuevo con Schumann. Durante toda mi vida me he ocupado de Schumann como de ningún otro compositor, del filósofo Schopenhauer por una parte, del compositor Schumann por otra, pero de pronto no tenía ningún acceso a esa música de Schumann y había pensado, de pronto no tienes acceso a la música de Schumann, a la que siempre has tenido acceso, siempre ha sido para mí la música de Schumann la salvación, lo mismo que, por otra parte, *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, y tuve que renunciar a mi intento de salvarme de mi depresión mediante Schumann. Tenía, como pocas personas, la posibilidad de retirarme solo con una partitura y escuchar la música escrita en esa partitura, no necesitaba ningún instrumento, al contrario, oía la música sin instrumentos de orquesta mucho más clara, más limpia, el oír su arquitectura, al oírla con la partitura en la mano y, desde luego, en el mayor silencio exterior posible, era para mí auténtico. Para ello es imprescindible un oído absoluto. Ni Schopenhauer ni Schumann habían producido siquiera un alivio de mi estado, un apaciguamiento por tanto de mi estado sentimental e intelectual, que seguían estando afectados de forma igualmente intensa por mi enfermedad. Mi estado sentimental y mi estado intelectual eran para mí siempre una misma disposición de ánimo. Durante años había tenido la posibilidad de salvarme mediante Schopenhauer y, si no mediante Schopenhauer, mediante Schumann, pero ahora los dos, por mucho que me esforzara, no tenían efecto alguno en mí. Como si todo en mí estuviera muerto en lo que se refiere a Schopenhauer y a Schumann. Precisamente para esos dos había sido siempre de lo más receptivo y agradecido, ahora no tenía inteligencia ni comprensión para ellos. Y ese hecho, el no ser salvado por Schopenhauer ni por Schumann, esa terrible experiencia, que es posible estar realmente muerto en inteligencia y oído hacia Schopenhauer y hacia Schumann, esa primera vez de ese descubrimiento de ser totalmente *immune* tanto a la filosofía como a la música me había arrojado probablemente a ese estado de realmente no soportar más de mi ser, de mi mente y de mi cuerpo, y salí de casa y fui a través del bosque a casa de Moritz. Y realmente, me acuerdo, enseguida, en cuanto llegué a casa de Moritz, le dije a éste *ni Schopenhauer ni Schumann*, lo que posiblemente, sin embargo, él no había podido comprender, porque yo no había sabido explicarme mejor. El hecho de que, de pronto, no tuviera acceso a Schopenhauer ni a Schumann, a aquellos a los que siempre había tenido acceso, hasta donde puedo recordar, me había puesto en ese estado de angustia mortal y, para no volverme realmente loco o demente, tuve que salir de casa y dirigirme a casa de Moritz. El momentáneo espanto de ese ataque hizo por lo menos que, por ese espanto, saliera de casa y me dirigiera a casa de Moritz. *Ni Schumann ni Schopenhauer*, le había dicho a Moritz al sentarme en mi rincón en su cuarto de archivadores y entonces había caído sobre Moritz con mi insensata rociada y, sin

duda de la forma más impropia, lo había ofendido. Y entonces habían aparecido repentinamente los Suizos y habían entrado en casa de Moritz y eso había sido el cambio y, por tanto, la salvación. Como los Suizos, con su tema más real, su tema principal, es decir, la construcción de su vivienda, habían entrado en casa de Moritz y en el cuarto de los archivadores, habían podido salvarme a su manera. Al haber hecho caso omiso de mí y de mi problema, no sólo naturalmente los Suizos, sino también, al momento, Moritz y, pienso ahora, todos ellos probablemente de la forma más salvadora, me habían salvado y realmente se había producido también un inmediato apaciguamiento de mi estado sentimental e intelectual. Y por el hecho de que los Suizos nada habían sabido de mi estado, no podían haber sabido nada de ese estado ni tampoco habían tenido ninguna idea del efecto que su entrada en casa de Moritz había tenido en mí, a quien antes no conocían. Como salvación, mi salvación había sido, pues, totalmente ideal. Y al día siguiente de ese encuentro con los Suizos había podido *acercarme* de nuevo a Schopenhauer (y luego también a Schumann), había podido leer de nuevo en *El mundo como voluntad y representación*. El intento de escuchar a Schumann arriba, en el cuarto de las manías, había tenido otra vez éxito. Pero si los Suizos no hubieran entrado en escena y precisamente en ese momento decisivo, me hubiera vuelto probablemente loco o demente y, con seguridad, no hubiera podido sobrevivir. Si esos ataques, lo que puede apreciarse ya realmente algunas veces en ese *método* y puede probarse también médicamente, siguen aumentando de intensidad, de eso no cabe duda simplemente por la secuencia de mis ataques anteriores, no tendré ya más ataques. En este sentido, el porvenir me resulta claro y no tendría ningún objeto precipitarse. La existencia que llevo, que lógicamente está gobernada desde hace tiempo nada más que por mi enfermedad, ha entrado en su fase final. Si por lo menos tuviera siempre la posibilidad de enfrentarme con *El mundo como voluntad y representación*, de enfrentarme toda la vida con *El mundo como voluntad y representación* y de entrar toda la vida en el cuarto de las manías, pienso, con el filósofo Schopenhauer por una parte, con el compositor Schumann por otra, pienso y muy consecuentemente sigo pensando, con el compositor Schopenhauer y con el filósofo Schumann, porque lo mismo que Schopenhauer es realmente filósofo, es también compositor y Schumann es compositor y también realmente filósofo. Hace ya años empecé un estudio en el que intentaba poner de relieve al compositor en Schopenhauer y al filósofo en Schumann, pero luego lo dejé otra vez y quizá no sea éste el momento de dedicarme otra vez a ese estudio. Precisamente porque sigo siendo incapaz de ocuparme de mis estudios científicos de *los anticuerpos en la Naturaleza*, y porque sin duda en el porvenir, si es que tengo algún porvenir, será necesario intensificar aún esos estudios de los anticuerpos en la Naturaleza si no quiero correr el riesgo de fracasar definitivamente en esos estudios de mi vida, no debería descuidar mis *contraestudios*, los musicales y filosóficos y filosóficomusicales y al revés, y quizá tenga todavía un período en el que sea capaz de todos esos estudios. Lo ocurrido en las últimas semanas se aclara

repentinamente, se hace soportable por el hecho de que intento también hacérmelo soportable mediante la redacción de estas notas y estas notas no tienen otro objeto que conservar por escrito el encuentro con los Suizos y, especialmente, con la Persa y, de esa forma, aliviarme y, de esa forma, encontrar quizá otra vez un acceso a mis estudios. Muchos objetivos a la vez quiero alcanzar mediante la redacción de estos borradores, conservar por un lado el recuerdo de la Persa y mejorar mi estado, prolongar mi existencia, lo que quizá consiga precisamente porque en este momento redacto estas notas. Mis intentos anteriores de redactar estas notas fracasaron, porque sencillamente no había llegado aún el momento para ello, porque no tenía todavía la necesaria distancia. Pero ahora puedo redactar estas notas, por muy incompletas que sean. La Persa ha seguido su camino. Como todos los caminos, es un camino *posible para el ser humano*. Al menos desde el momento en que conoció a su compañero, el Suizo, no hubiera podido esperar ningún otro camino. Para mí ha tenido que quedar en tinieblas qué aspecto tenía realmente su camino antes de que ella llegara aquí con el Suizo. De eso no he podido tener más aclaraciones que las que ella misma me ha dado y dependo de suposiciones. Pero aunque hubiera sabido más cosas de ella, mi impresión de ella como persona fracasada no hubiera cambiado seguramente en nada. Una existencia como mecanismo de sacrificio posible para el ser humano, pienso. Que sin duda no es casualidad que en París diera con el Suizo para sacrificarse por él. Durante cuatro decenios ella había vivido al lado de ese hombre, más o menos feliz, quizá también, en ciertos períodos rápidamente pasados, abrumados de trabajo, feliz, para trabajar en su modelo vivo, en la ascensión de su hombre, del Suizo, que estaba destinado a esa ascensión y a esa fama que ella le imponía. Para ella, la Persa, no había sido un camino sin salida, su vida había pasado rápidamente, todo en ella me lo había confirmado. Y ella había podido decirse que las cuatro centrales eléctricas que él había construido las había construido *también* ella. Y cuando él, el Suizo, estrechaba las famosas *nobles manos*, ella estaba detrás de él, las fotografías lo prueban. Y entonces un día, en cualquier momento en que le vino bien a la Naturaleza, todo su sistema se derrumbó y habían tomado la decisión de cesar en su continuada obsesión megalómana y se habían puesto a buscar lo que se llama un *terreno para la vejez* y habían comprado entonces ese prado húmedo de detrás del cementerio y habían empezado a levantar una casa. Y con qué ansia constructora se había entregado el Suizo a esa obra, mientras tenía todavía su verdadera mente de arquitecto en la central venezolana inacabada, que todavía le ocupaba totalmente, los cimientos en su *lugar para la vejez* habían sido ya hormigonados y comprados los materiales que necesitaba para acabarlo. Uno o dos viajes a Sudamérica, como queda dicho, y se acabó. La Persa lo había observado todo siempre en silencio y sin hacer luego comentario alguno. Su creciente pasividad había sido ya irritante. La falta de consideración con que el Suizo, como cada vez parecía más a menudo, actuaba en contra de la voluntad de su compañera y cada vez más frecuentemente contrariando la voluntad de ella, había sido espantosa. No sé si ella, alguna vez, manifestó algún

deseo en relación con esa casa de detrás del cementerio y de detrás del bosque, pero es seguro que el Suizo no hubiera atendido ninguno de esos deseos en lo más mínimo. Una profunda resignación, como la que invade a los fracasados a partir de un momento determinado y luego durante el resto de la vida que les queda, observé en el segundo paseo con la Persa que, como el primero, nos llevó otra vez a mí y a ella al bosque de alerces. Ahora no habíamos penetrado ya mudos en el bosque de alerces y cada vez más profundamente en la siniestra oscuridad de ese bosque, sino inmediatamente en una explicación que afectaba directamente a la situación de la Persa. *Ella* había empezado, *no yo*, y *ella*, lo mismo que yo unos días antes en el más desesperado de todos mis estados con respecto a Moritz, me había abierto su entendimiento y su corazón y había actuado conmigo no menos vehementemente ni menos sin consideración que yo unos días antes con Moritz. Como si la Persa hubiera estado en la misma situación que yo unos días antes. Y lo mismo que yo unos días antes, en la ya mencionada aunque siempre sólo insinuada forma, me había comportado con Moritz, ella se había comportado conmigo ahora, sin miramientos hacia mí ni hacia sí misma, ahora tenía en mí su víctima, lo mismo que yo unos días antes había tenido mi víctima en Moritz. Como si, en ese paseo por el bosque de alerces, los decenios acumulados con su compañero, que en ese momento, como ella creía, estaba en Suiza, se hubieran puesto súbitamente en movimiento y la hubieran obligado a hablar. De nadie había oído hasta aquel momento cosas más horribles sobre la vida y el mundo que de ella, nadie se había atrevido antes a manifestarse sin inhibiciones conmigo de una forma tan autoaniquiladora, y todo el tiempo, durante ese proceso de revelación desencadenado por ella y activado por ella de forma cada vez más abierta y desconsiderada, tenía que pensar todo el tiempo que Moritz, unos días antes, había tenido que soportar lo que yo ahora, que él no había podido evitar su horror hacia mí por aversión ante tanta bajeza, lo mismo que yo ahora con la Persa. Sólo ahora, durante esa desvergonzada autorrevelación de la Persa, me refugiaba en la idea de haber vuelto a Moritz del revés mi lado interno, lo mismo que ahora hacía la Persa conmigo. Sin embargo, una persona así, en fin de cuentas ya realmente, como había visto de pronto, totalmente desamparada, requería lógicamente mi participación en una medida mucho más alta. Ella no había podido calmarse y había dicho una y otra vez que su vida no tenía sentido, que, de forma totalmente consciente, todo en su vida había contribuido a una existencia en fin de cuentas sin sentido y sin objeto. Se había unido al Suizo para *maltratar* su propia existencia, todo en su vida había contribuido a una existencia en fin de cuentas sin sentido y sin objeto. Se había unido a un talento, y había amado ese talento y sus posibilidades de desarrollo, pero no al Suizo como persona, como individuo, como carácter, ése le había repelido siempre. Y mientras ella había podido desarrollar el talento, un par de veces había dicho también *el genio*, del Suizo, todo había ido bien, su sistema se había derrumbado en el momento en que el talento o el genio del Suizo no había sido ya capaz de desarrollo. De esto hacía ya más de dos decenios. Desde ese momento,

todo había sido para ella nada más que espantoso. Su compañero, el Suizo, se vengaba ahora de la especulación de ella, según las propias palabras de ella, y construía esa casa detrás del cementerio y detrás del bosque para desembarazarse de ella. Ahora, cuando ella era vieja y fea, tenía ahora alrededor de los cincuenta y cinco, él alrededor de los sesenta y cinco, él se apartaba de ella, la dejaba abandonada. Sospechaba que él se había interesado por una enfermera venezolana y que, en el fondo, no quería tener que ver nada más con ella, con la Persa. Él había acabado con ella, ella con él. Ella debía mudarse a la casa inhumana diseñada por *él contra ella* de detrás del cementerio y de detrás del bosque, a la casa más horrible que pudiera pensarse. A ella no le quedaba más que callar ante todo y, totalmente insensible, mantener una observación sin sentido ni objeto, totalmente carente de influencia en lo que a su porvenir se refería. El Suizo había puesto en práctica su plan, contra ella y para dar a su voluntad de aniquilarla una expresión claramente visible y, lógicamente, sensible para su compañera. Y había comprado el terreno porque correspondía de forma ideal a sus fines de aplicar su, como al parecer le había dicho él a ella, merecido castigo por su experimento de toda una vida con él. Era el terreno más repulsivo que ella había visto nunca. Él lo había comprado porque le era evidente que no encontraría ninguno más repulsivo. Ahora tenía la explicación, dijo ella. Moritz y yo habíamos tomado al Suizo por loco, dijo, porque había comprado el prado húmedo, pero no estaba loco en absoluto, sabía muy bien lo que se hacía al comprar el prado húmedo. Ahora se me aclaraba también el extraño comportamiento mudo de la Persa, ya en mi primer encuentro con ella. No puedo repetir todo lo que dijo aún en el bosque de alerces, en el que, en el punto culminante de su descarga sentimental e intelectual, se sentó en un tocón, profundamente arrebujaada en verdad en su abrigo de piel de cordero. Cuando estaba sentada en el tocón y se había desahogado y, finalmente, no hacía más que llorar, hubiera podido ser un animal. ¿No era mi propio estado el que ahora me mostraba la Persa, sentada en aquel tocón? La escena me asqueaba más que me conmovía y animé a la Persa a levantarse e irse a casa, lo que había querido decir volver a la fonda. En ese regreso me había parecido como si ella se hubiera sentido aliviada y tuve que comparar ahora involuntariamente ese regreso suyo a través del bosque de alerces con mi camino hacia casa desde la de Moritz, unos días antes. Lo que entonces no había podido decir, porque no había tenido ninguna posibilidad para ello, dijo cuando habíamos llegado al lugar, a menos de cien pasos de la primera casa, detrás de la cual se veía ya la fonda: que yo la había salvado. Desde hacía meses, quizá incluso desde hacía años ya, no había podido hablar con nadie de la forma en que ahora había hablado conmigo, lo que no significaba sino que, desde hacía meses y años, no había encontrado a nadie con quien pudiera desahogarse totalmente y de la forma más impúdica y desconsiderada. Ella creía que debía darme las gracias por mi comportamiento durante su total estallido sentimental e intelectual y entonces, evidentemente, quiso de pronto estar sola. Yo me fui a casa en un estado al mismo tiempo horrorizado y totalmente

desilusionado. Ya al día siguiente la había recogido de nuevo y fui con ella otra vez al bosque de alerces. Ella estaba, por el desahogo sentimental e intelectual logrado el día anterior, en una disposición de ánimo totalmente distinta, en una que correspondía a la mía después de mi exceso con Moritz de hacía unos días. Pudimos sostener realmente con calma un diálogo y, por cierto, un diálogo sobre Schumann, que ella conocía bien y con el que, lo que me sorprendió y agradó profundamente, estaba muy familiarizada. También a ella le gustaba Schumann, también ella tenía la facultad de leer partituras y oír la música, de la forma más acabada, sólo con el estudio de la partitura. Así, los dos tuvimos de repente un tema que correspondía realmente de forma ideal a nuestro estado, en el que, animándonos mutuamente, estimulándonos y entusiasmándonos siempre de nuevo, podíamos avanzar mucho en nuestras mentes y, por tanto, pensamientos. Lo que la oprimía había desaparecido de pronto y su ánimo era tranquilo y estimulante para el pensamiento. Yo mismo me encontraba en un estado muy semejante al suyo, igualmente liberado. Parecía haber ocurrido lo que había deseado para mí en mi primer encuentro con ella en casa de Moritz, que tendría un compañero ideal para la inteligencia y el espíritu en esta comarca siempre hostil a la inteligencia y el espíritu. Naturalmente, yo no había olvidado todo lo que ella había dicho de sí misma el día anterior y que había sido sólo lo *siniestro* en un ser humano, pero eso me preocupaba de momento tan poco como le preocupaba a ella, mientras mutuamente nos señalábamos bellezas y peculiaridades y franquezas y autenticidades siempre nuevas en la música de Schumann. Fue un paseo totalmente *musical*. A diferencia del día siguiente, en el que dimos uno totalmente *filosófico*, en el cual, lógicamente, *El mundo como voluntad y representación* había sido el impulso. Pero sin más podría calificar también ahora el primer paseo de filosófico y el segundo de musical, la filosofía es música, la música es filosofía y viceversa. Es hermoso estar con una persona para la que los propios conceptos son tan claros y tan decisivos como para uno mismo. En la Persa había encontrado de pronto a una persona así, aparecida realmente como un golpe de suerte, y que, como tantas otras cosas salvadoras en los últimos años, le debo a Moritz, pensé. Luego no pasó un solo día sin que yo recogiera a la Persa en la fonda y diera con ella un paseo. El bosque de alerces fue en cada uno de esos días, hacia la noche, un refugio para ambos. El Suizo estaba casi siempre en Suiza o, si estaba en Austria, ocupado en la construcción de la casa. Había realizado la separación de su compañera de forma muy consecuente. Después de haber entrado yo en contacto con la Persa y haber intensificado cada vez más ese contacto, de haber iniciado realmente con ella una relación sentimental e intelectual, él había abandonado totalmente la apariencia de armonía entre él y ella y, hacia finales de noviembre, después de una visita realizada a Suiza, no había vuelto ya con su compañera. Le había trasferido una suma de dinero importante cuya cuantía no conocí yo, y no había dado más noticias suyas. Para entonces, la Persa había dejado definitivamente de contar con él. Adaptarse a la Naturaleza áspera y fría y hosca de esta comarca no le había sido posible. Probablemente, tampoco lo había

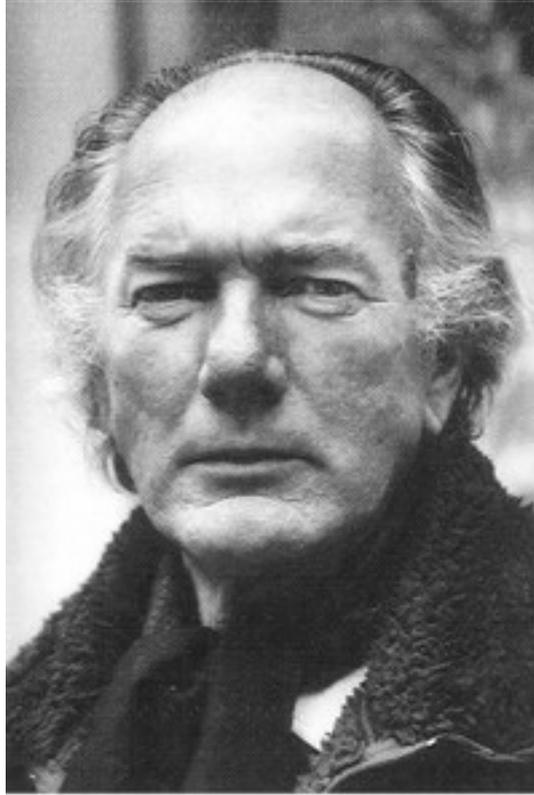
intentado. Las gentes de aquí le habían parecido lo que en realidad son, malignas y aniquiladoras para los forasteros. En la fonda, según la dueña, se había sentado lógicamente siempre sola en el rincón, bebiendo té, arrebuñándose cada vez más en su abrigo de piel de cordero, constantemente con temor a enfriarse. Para ella era tan claro como para mí que tampoco esos paseos por el bosque de alerces eran una solución, ni para ella ni para mí. Después de algún tiempo, sólo dimos paseos con intervalos cada vez mayores. Finalmente, poco a poco, porque, cada uno a nuestro modo obstinados, habíamos estado demasiado tiempo abandonados sólo a nosotros mismos, habíamos consumido, finalmente agotado también nuestro material de conversación. En diciembre nos habíamos visto sólo una vez por semana. A mí me había resultado repentinamente insoportable tener que verla siempre de nuevo con su abrigo negro de piel de cordero, ya no podía ver ese abrigo negro de piel de cordero. Repentinamente, tampoco podía soportar ya su voz y es posible que, en lo que a mí se refiere, a ella le ocurriera lo mismo. Es increíble lo deprisa que la mejor relación, cuando se le exige más de lo que pueden dar sus fuerzas, se desgasta y finalmente se consume. Cuando nos reuníamos no era más que un reunirse con mutuo mal humor. Para, entre nosotros y el uno al otro, hablar mal de todo. Desde hacía ya tiempo no habíamos hablado más de Schumann y de Schopenhauer, ni más de música ni más de filosofía, ahora no era más que un período de depresión abúlica, de queja contra todo, en definitiva doblemente devastador. Habíamos decidido no vernos más, pero cuando pensaba que ella estaba totalmente sola en la fonda, en una comarca que no conocía y que, por naturaleza, sólo podía ser para ella espantosa o, por lo menos, siempre fastidiosa, y entre personas que la rechazaban por estupidez y brutalidad, iba a buscarla siempre a la fonda y la animaba, la mayoría de las veces en contra de sus verdaderos sentimientos, a dar un paseo por el bosque de alerces. Repentinamente aquel ser se me había vuelto extraño, se había alejado en todas y cada una de las cosas de mi inteligencia y mis sentimientos. Ahora su presencia me era molesta, tenía la sensación de que podría trabajar de nuevo, de que podría ocuparme de *los anticuerpos* si ella no estuviera allí. Así, de pronto, ella me paralizaba y yo me defendía contra todo contacto con ella. Un día, cuando quise visitarla otra vez en la fonda, había sabido por la dueña que se había marchado de la fonda y se había mudado a la casa de detrás del cementerio y de detrás del bosque, todavía ni siquiera medio terminada por su compañero, no había aguantado más en la fonda, según me dio a entender la dueña, por razones financieras. Ella, la dueña, estaba contenta de que la Persa se hubiera marchado, porque desde hacía muchísimo tiempo había sido una carga para ella y ella, la dueña, no había ganado nada con la Persa, que no consumía nada salvo té. Hasta los cigarrillos, que la Persa fumaba continuamente, los compraba en la tienda y no en su fonda, ella, la dueña, en los últimos tiempos sólo había odiado a esa *persona*, así era como calificaba exclusivamente a la Persa. Para ella, la dueña, resultaba incomprensible qué buscaban esos *extranjeros*, en fin de cuentas *inferiores* como la Persa, cuyo hombre la había dejado por sus buenas

razones, en esta comarca. Ella, la dueña, había calificado a la Persa de *gentuza*; sin embargo su compañero mostraba un sano sentido común, no le había resultado antipático, pero con todo le resultaba incomprensible cómo un *hombre decente y educado* así podía haber encontrado a una persona *incapaz* como la Persa. Sólo una persona degenerada como yo, según dijo la dueña con su franqueza natural, había podido llevarse bien con una persona como la Persa. Una vez más había calificado la dueña a la Persa de *gentuza que huye de la luz del sol y del trabajo* antes de que yo me marchase de la fonda para buscar a la Persa en su casa. Lo que me esperaba fue lo siguiente: a mitad del camino entre el bosque y la casa de la Persa vino hacia mí una ambulancia blanca y tuve en seguida la idea de que en esa ambulancia con la cruz roja en la parte delantera llevaban a la Persa. Todavía estaba de pie espantado cuando la ambulancia pasó por mi lado y una contemplación más de cerca había revelado que la ambulancia era realmente una ambulancia pero, según supuse, había sido transformada por Moritz en vehículo de transporte ordinario y era utilizada para transportar cemento, en el vehículo iban sentados dos trabajadores que, evidentemente, habían conducido el vehículo por los guijarros y el pantano del bosque en, como había visto yo inmediatamente, estado de embriaguez. Reconocí en los trabajadores a dos de los repatriados que Moritz había contratado para sus fines de construcción y probablemente había puesto a disposición de la Persa para que continuaran la casa. Mi temor de que a la Persa hubiera podido ocurrirle algo no se había confirmado. La casa estaba, como vi inmediatamente, en un estado indescriptiblemente catastrófico, semiterminada y ya otra vez descuidada y abandonada a su ruina, se alzaba, cubierta ya hasta la mitad por malas hierbas muy crecidas, en mitad del pantano, el mal olor se había extendido a su alrededor. Todos los postigos de las ventanas estaban cerrados y, cuando llamé a la puerta, no apareció nadie. Sin embargo, tenía que suponer que la Persa estaba en su casa, y yo había llamado varias veces a la puerta, había llamado a la puerta hasta oír en el interior de la casa ruidos. Desde la casa sólo se tenía vista en una sola dirección y, en ésa, casi ninguna. La casa estaba rodeada en sus tres cuartas partes de bosque. Las paredes estaban ennegrecidas por la humedad y los cimientos no estaban siquiera totalmente cubiertos. Parecía como si los trabajadores hubieran dejado de trabajar bruscamente, muchas herramientas estaban todavía por las cercanías, en medio de la suciedad. Después de un largo tiempo de espera, la Persa me había abierto por fin. Naturalmente, yo había llegado de forma totalmente inesperada y ella no había pensado que fuera yo quien llamaba a la puerta. Había creído que los repatriados, que se habían marchado en la transformada ambulancia, se habían olvidado de algo. Yo me abrí paso por la puerta que ella había entreabierto y, cuando hubo cerrado de nuevo la puerta la seguí hasta su cuarto. Cuarto, sin embargo, no es el nombre adecuado para la habitación a la que se había retirado. Se trataba evidentemente de la habitación más pequeña de la planta baja y, para fines de habitabilidad, realmente menos apropiada de toda la casa, en la que había colocado unos colchones en el

suelo, cubiertos con una sábana. Inmediatamente, a pesar de la oscuridad, casi tinieblas, de la habitación, me llamó la atención la suciedad de la sábana. Después de haber entrado los dos en el cuarto, en el que había un aire horriblemente viciado y húmedo, la Persa, envuelta ahora en un largo camisón de franela en el que ya no podía distinguirse la suciedad del dibujo de flores, se había echado en el colchón y me había ofrecido asiento en un sillón que estaba junto a la única ventana de esa habitación. Al sentarme me llamó la atención lo abandonado y desastrado y realmente como ensuciado intencionadamente que estaba todo en aquella habitación. A causa de la oscuridad de la habitación, no había podido ver el rostro de la Persa, pero al entrar había tenido la impresión de que ella había adelgazado y encanecido. Junto a la cama, en el extremo de la cabecera, la Persa había colocado dos mesitas en las que, según creo, sólo había somníferos amontonados. Llevaba ya dos semanas en ese cuarto, me dijo durante mi concentrada observación de esa caja de medicamentos y de su maleta todavía sin deshacer, y en esas dos semanas no había salido de la casa. Tampoco tenía intención de volver a salir. No comía, bebía sólo té y no deseaba nada, sólo dormir. Como tomaba fuertes somníferos en cantidad siempre mayor, dijo, seguía durmiendo realmente. Cuando despertaba era sólo para tomar más somníferos. Comprobé que había cubierto la ventana sin cortinas con un hule y, probablemente, no la había abierto en las dos semanas. Tenía una gran lata de té todavía medio llena, eso le bastaba, dijo. Ya no soportaba a las personas de la fonda. Su compañía le resultaba repulsiva. Por un momento, dijo, pero ese momento había quedado ya otra vez muy atrás, había pensado poder volver a su patria, a Persia. O a Grecia, donde tenía amigos, pero luego había abandonado otra vez esa idea. Había creído que yo sería su salvación; pero también yo la había decepcionado, dijo. Yo era, como ella, una persona perdida, en fin de cuentas aniquilada, aunque ante ella no lo hubiera reconocido. Lo sentía, lo sabía. De una persona así no podía venir la salvación. Al contrario, una persona así la empujaba a una todavía más profundamente a la falta de salidas y la falta de esperanza. *Schumann, Schopenhauer*, sólo dijo esas dos palabras después de un largo silencio y tuve la impresión de que, al hacerlo, sonreía, y luego, durante mucho tiempo, nada más. Ella lo había tenido todo, lo había oído y visto todo, dijo, eso bastaba, no quería saber nada de nadie más. Los seres humanos le eran profundamente repugnantes, toda la sociedad humana la había decepcionado profundamente y, en su decepción, dijo, la había dejado sola. No hubiera tenido ningún sentido decir nada y, por eso, sólo escuché y no dije nada. Yo, dijo ella, en el segundo de nuestros paseos por el bosque de alerces había sido el primero que, de forma tan clara y decidida, le había podido explicar el concepto de anarquía. *Anarquía*, dijo, y nada más, y luego se había callado de nuevo. Anarquista es sólo quien practica la anarquía, le había dicho yo en el bosque de alerces, ahora me lo recordaba ella otra vez. *Anarquía es todo lo que hay en una mente intelectual*, dijo, y al hacerlo sólo repitió otra de mis citas. La sociedad, cualquiera que sea esa sociedad, debe ser siempre trastornada y abolida, dijo, y otra vez era mío lo que ella había

dicho. Todo lo que existe es aún mucho más espantoso y terrible que como usted lo describe, dijo. Yo tenía razón, dijo, estas gentes de aquí son malignas y violentas y este país es un país de cuidado e inhumano. Usted está perdido como yo estoy perdida, dijo. Usted querría huir, a donde fuera. Su ciencia es una ciencia absurda, como toda ciencia. ¿Puede oírse a sí mismo?, me preguntó, todo eso lo ha dicho usted. *Schumann* y *Schopenhauer* no le dicen ya nada, eso tiene que reconocerlo. En todo lo que ha hecho usted en la vida, que tanto le gusta llamar existencia, ha fracasado usted, lógicamente. Es usted una persona absurda. Yo la escuché todavía algún tiempo, luego no pude aguantar más y me despedí. Cuando estaba fuera, en medio del bosque, me repetí una vez más en voz alta la última de sus frases: no me visite más, déjeme sola. Contra todas mis resistencias interiores, me había aferrado a esa frase. No la había visitado más. Durante mucho tiempo no supe nada de ella. A principios de febrero, precisamente el diecisiete, al día siguiente de mi cumpleaños, tropecé en el periódico con una noticia muy extraña que me impresionó inmediatamente: una extranjera, no se decía nada más preciso sobre su origen, se había arrojado el día anterior, probablemente con propósitos suicidas, en las cercanías de Perg, en el barrio del Molino, bajo un camión cargado con varias toneladas de cemento. Inmediatamente había tenido que pensar en la Persa. Era natural visitar a Moritz para saber por él si mi sospecha era fundada. Moritz conocía ya la desgracia, pero no sabía detalles. Diez u once días más tarde, él había sabido lo siguiente: la Persa se había escurrido un día con su abrigo de piel de cordero y había atravesado el bosque y el centro del pueblo y subido al autobús de Linz. Según todas las apariencias, había ido en autobús hasta Linz y luego hasta Perg en tren. Lo que buscaba allí, no se sabía. En Perg, después de dejar el tren, según Moritz, se había sentado en el restaurante de la estación y se había bebido un vaso de té caliente. Había pagado y se había puesto en pie y se había encaminado directamente hacia el camión cargado con varias toneladas de cemento que en ese momento pasaba junto a la fonda. Su cadáver había quedado horriblemente despedazado. Moritz había averiguado que, como nadie sabía de dónde ni quién era, había sido enterrada quince días después del accidente en una fosa común. Él, Moritz, sólo *quince días después de su entierro* no había podido averiguar ya, de los funcionarios competentes del cementerio, en qué fosa común. Entonces, después de comunicar a las autoridades la identidad de la muerta, había informado de la desgracia a su compañero, el Suizo. El Suizo, sin embargo, no había reaccionado en modo alguno. Cuando salía yo de casa de Moritz vi abajo, en el recibimiento de la casa de Moritz, junto a su propio sobretodo de invierno de color gris ratón, el abrigo negro de piel de cordero de la Persa colgado en la pared. Las autoridades le habían entregado el abrigo. Y también su bolso. Cuando dos días más tarde fui a la casa enteramente abandonada, ni semiterminada aún y enmohecida ya del prado húmedo, se me ocurrió que yo le había dicho a la Persa, en uno de nuestros paseos por el bosque de alerces, que hoy se matan tantos jóvenes y que la sociedad en que esos jóvenes se ven obligados a existir,

totalmente incomprensible, es el por qué, y que, de forma totalmente repentina y realmente del modo más desconsiderado, le había preguntado a la Persa si se mataría un día. Ella, entonces, sólo se había reído y había dicho que *sí*.



THOMAS BERNHARD (Heerlen, Países Bajos, 1931 - Gmunden, Austria, 1989). Poeta, prosista y dramaturgo austriaco, hijo de un agricultor, es considerado como uno de los más grandes autores de la literatura en lengua alemana posterior a la Segunda Guerra Mundial. Tuvo una infancia marcada por la pobreza y la enfermedad, superada gracias a los cuidados de su abuelo materno quien lo condujo a cursar estudios secundarios en Salzburgo, donde más tarde estudió violín, canto y musicología. A partir de 1957 inició su fulgurante carrera literaria situándose como uno de los mayores escritores contemporáneos.

Su obra poética consta de importantes publicaciones contenidas en los siguientes títulos: *Así en la Tierra como en el Infierno* (1957), *In hora mortis* (1958), *Bajo el hierro de la luna* (1958), *Ave Virgilio* (1959-60) y *Los locos. Los reclusos* (1962).

Uno de los componentes más destacables de la obra bernhardiana, especialmente de la dramática desde *Una fiesta para Boris* (1970), es su musicalidad. Se trata de piezas casi escritas como para representar con marionetas que actúan como repetitivos altavoces de distintas posiciones. Más que dramas son libretos escritos para actores admirados por el escritor, como Minetti. Entre sus títulos más importantes se hallan *La fuerza de la costumbre* (1974), *La partida de caza* (1974), *Ante la jubilación* (1979), *Almuerzo en casa de Ludwig W* (1984) y la última, *Plaza de héroes* (1988) en la que arremete de nuevo contra la Austria católica y nacionalsocialista.

Obtuvo importantes galardones literarios, entre los que se destacan el Premio Nacional Austriaco de Literatura en 1968, el Premio Literario Internacional Mondell

en 1983 y el Premio Médicis en el año de 1988.